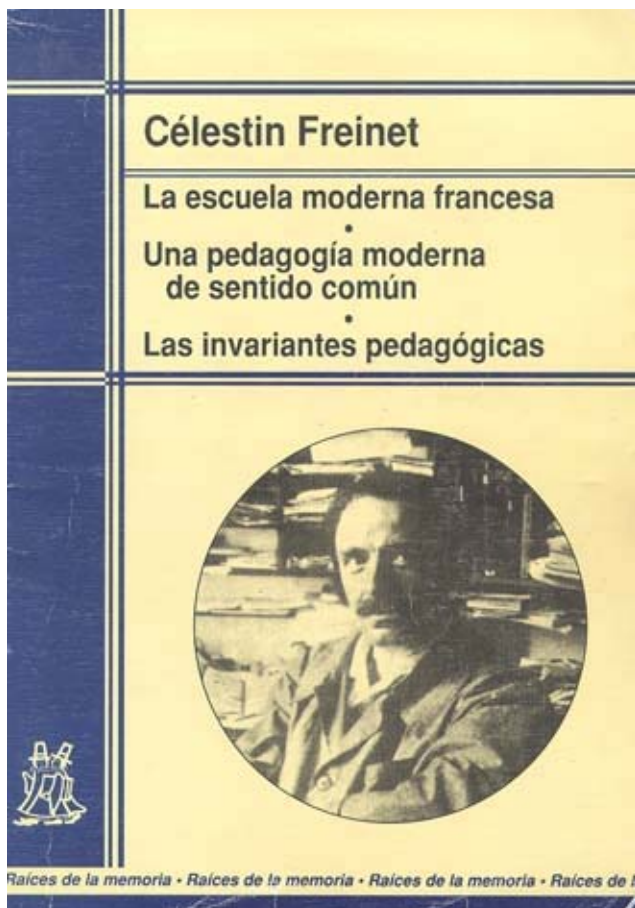


LA ESCUELA MODERNA FRANCESA

UNA PEDAGOGÍA MODERNA DE SENTIDO COMÚN

LAS INVARIANTES PEDAGÓGICAS

Célestin Freinet



Ediciones Morata, S. L.

Prólogo de Herminio Barreiro

Madrid, 1996

El siguiente material se utiliza con fines
exclusivamente didácticos

ÍNDICE

Prólogo a la edición española , por Herminio Barreiro	11
La escuela moderna francesa: Guía práctica para la organización material, técnica y pedagógica de la escuela popular	17
Advertencia	21
Introducción	23
Principios generales de la adaptación de la nueva conducta escolar al medio ambiente	27
Finalidad de la educación, 27.–La escuela centrada en el niño, 28.–El propio niño construye su personalidad con nuestra ayuda, 29.–La escuela de mañana será la escuela del trabajo, 29.–Cabezas bien construidas y manos expertas antes que odres repletos, 30.–Una disciplina racional, que emana del trabajo organizado, 30.–Una escuela del siglo XX para el hombre del siglo XX, 31.–Esta readaptación se hará partiendo de la base, 31.–La complejidad social de esta readaptación, 31.–La escuela del pueblo no podría existir sin la sociedad popular, 32.	
Las grandes etapas educativas	33
El período preescolar, 33.–Las reservas y jardines de infancia, 34.–La escuela maternal, 37.–La escuela primaria, 54.	
Complejo de intereses y programas escolares	104
En la práctica	108
Una pedagogía moderna de sentido común: Los dichos de Mateo	115
Introducción	119
Una pedagogía de sentido común	121
Pedagogía del sentido común, 121.–Los caminos de la verdad, 122.–El peligro de los que hacen nudos, 123.–El buen campesino o el ciclo de la educación, 124.–El maestro y el obrero a destajo, 124.–Las águilas no suben por la escalera, 125.	
Hacer brillar el sol	127
Las aventuras de la “Kon-Tiki”, 127.–¡La vida se eleva siempre!, 128.–La historia del caballo que no tiene sed, 129.–El caballo no tiene sed: ¡pues cambiad el agua del estanque!, 130.–Provocad la sed en el niño, 130.–Primero hay que hacer brotar la fuente, 131.–Demos tiro, 132.–Llevar buena marcha, 133.–Una nada que lo es todo, 134.–Han olvidado su manzana, 135.–La vida se prepara con la vida, 135.–Nuestro laboratorio es el niño, 136.–Sed humanos, 137.	
El trabajo que ilumina	139
La bandera azul, blanca, roja, 139.–Antes-después, 140.– ¡Quiero cogerlas!, 141.–El trabajo que ilumina, 142.–¿Porqué trabajar?, 143.–El trabajo en serie, 143.–El trabajo a migajas, 144.–No hagáis el inútil trabajo de soldado, 145.–Elogiar, 146.–En el corazón del hombre, 147.–El tiempo de los bailes, 148.–Embragar con la vida, 148.–Id al encuentro de la vida, 149.–Nuestro trabajo nos unirá, 150.	
La pedagogía del traje de pingüino	151
La pedagogía del traje de pingüino, 151.–Los que no podemos domesticar, 152.–Han echado piedras en los estanques, 153.–El peso del servilismo, 154.–Cebadores y educadores, 154.–Criadero moderno o campo de concentración, 155.–La escuela del sorche, 156.–Cárceles de juventud cautiva, 157.–¡Cuidado con el laminador!, 158.–Los falsificadores del espíritu, 159.–Madera maciza o contrachapada, 160.–¡Cuidado con el	

Canto-hachís!, 161.–En la cañada estéril, 161.–¡Hazte el muerto!, 162.–Liberados del rito, 163.–Todos nosotros somos delincuentes, 163.

No soltéis nunca las manos 165

¡No soltéis nunca las manos... antes de tocar con los pies!, 165.–Buscad a Adrien, 166.–Ponerse en cabeza del pelotón, 166.–Abrid pistas, 167.–El ojo mágico, 168.–Si el conocimiento.... 169.–¡Fulgurantes!, 170.–Escrito sobre pergamino, 171.–La interrogación, 171.–Una dirección sensible, 172.–¿Eclucar o domesticar?, 173.–¡Diablo de rastrillo!, 174.–La estilográfica escolar, 175.–Los “charlatanes”, 175.–¡Adaptarse a la vida y al trabajo!, 176.–La observación mediante la iluminación, 167.–El 3 no va forzosamente detrás del 2, 178.–No siempre 2 y 2 son 4, 179.–¡Haced saltar los calzos!, 179.–La noción de velocidad, 180.

Los que andan con las manos 181

Los que andan con las manos, 181.–¿Debo quedarme sobre las manos o andar con los pies?, 182.–Inquietos y vacilantes, 182.–De pie y a cuatro patas, 183.–Los jugadores de taba, 184.–Dejad aquí toda esperanza, 185.–¿La escuela será templo o taller?, 186.–¿Será la escuela un taller?, 186.–¿Será la escuela cuartel o taller?, 187.–¿Cálido invernadero o aire libre?, 188.–Campesinos y ganaderos, 189.–Es en la fragua donde se forja el herrero, 190.–Contar garbanzos, 191.–¡Desconfía de la saliva!, 192.–¡Suprimid la tarima y remangaos!, 193.–El “escolastismo”, 194.–¡Nos quitamos el sombrero ante el pasado, nos quitamos la chaqueta frente al porvenir!, 195.–Cachorros vulgares y perros de raza, 196.–Hay nacimientos que son explosiones, 197.–Calzado nuevo y zapatos gastados, 198.–Mis ideas se atropellan en el portillo, 198.–Los que todavía hacen experimentos, 199.–Una mentalidad de constructores, 200.

Un oficio que es una fórmula de vida 202

Un oficio que es una fórmula de vida, 202.–Sembramos el grano de las ricas cosechas, 203.–La embriaguez de triunfos, 204.–Pan y rosas, 204.–Avanzar en profundidad, 205.–El Trabajador Hombre, 206.–Las preocupaciones del brigada, 207.–La vuelta a las orejas de burro, 208.–Evitad la prueba de fuerza, 209.–Hay varias moradas, 210.–Autocracia o libertad, 210.–Somos aprendices, 211.–El oficio os marca, 212.

Y la luz se hizo 213

En el año 1959, 213.–El carretero retrasado, 214.–Una pedagogía que no se atreve ya a pronunciar su nombre, 215.–Las técnicas modernas han ganado la partida, 215.–La verdadera ciencia psicológica, 216.–El estremecimiento de la paz, 217.–¡Si gobiernan!, 218.–¡Y la luz se hizo!, 219.–La noche llegará demasiado pronto, 219.–Hemos colocado nuestra piedra, 220.–La venganza de los “realistas”, 221.

Las invariantes pedagógicas 223

Introducción 227

La naturaleza del niño 229

Invariantes: Núm. 1) El niño es de la misma naturaleza que el adulto, 229.–**2)** Ser mayor no significa forzosamente estar por encima de los demás, 330.–**3)** El comportamiento escolar de un niño está en función de su estado fisiológico, orgánico y constitucional, 231.

Las reacciones del niño 233

Invariantes: Núm. 4) A nadie le gusta que le manden autoritariamente; el niño, en eso, no se distingue del adulto, 233.–**5)** A nadie le gusta alinearse, porque alinearse es obedecer pasivamente a un orden externo, 234.–**6)** A nadie le gusta verse obligado a hacer determinado trabajo, incluso si este trabajo no le desagradara particularmente. Es la obligatoriedad lo que paraliza, 236.–**7)** A cada uno le gusta escoger su trabajo, aunque la elección no sea la más ventajosa, 236.–**8)** A nadie le gusta dar vueltas en el vacío, comportarse como robots; es decir, actuar, someterse a pensamientos inscritos en rutinas en

las que no participa, 237.–9) Es preciso que motivemos el trabajo, 238.–10) Basta de escolástica, 239.–10 A) Todo individuo quiere conseguir éxitos. El fracaso es inhibitorio, destructor del ánimo y del entusiasmo, 240.–10 B) El juego no es lo natural en el niño, sino el trabajo, 240.

Las técnicas educativas 242

Invariantes: Núm. 11) La vía normal de la adquisición no es de ningún modo la observación, la explicación y la demostración (que constituyen el proceso esencial de la escuela), sino el tanteo experimental, procedimiento natural y universal, 242.–12) La memoria, por la que se preocupa tanto la escuela, es válida y preciosa sólo cuando se integra en el tanteo experimental, cuando está verdaderamente al servicio de la vida, 243.–13) Las adquisiciones no se logran, como a veces se cree, mediante el estudio de reglas y leyes, sino por la experiencia. Estudiar en primer lugar estas reglas y estas leyes, en lengua, en arte, en matemáticas, en ciencias, es colocar la carreta delante de los bueyes, 244.–14) La inteligencia no es una facultad específica, según enseña la escolástica, que funciona como un circuito cerrado independientemente de los demás elementos vitales del individuo, 244.–15) La escuela sólo cultiva una forma abstracta de inteligencia, que actúa fuera de la realidad viva, mediante la interpretación de palabras y de ideas fijadas por la memoria, 245.–16) Al niño no le gusta recibir una lección magistral, 246.–17) El niño no se cansa cuando hace un trabajo que está dentro de su línea de vida, que es, por decirlo así, funcional para él, 246.–18) A nadie, sea niño o adulto, le gusta el control y el castigo, que siempre consideran una ofensa a su dignidad, sobre todo cuando se ejercen en público, 247.–19) Las notas y las clasificaciones son siempre un error, 248.–20) Hablad lo menos posible, 249.–21) Al niño no le gusta el trabajo en rebaño, al cual debe conformarse el individuo. Le gusta el trabajo individual o el trabajo de equipo dentro de una comunidad cooperativa, 250.–22) El orden y la disciplina son necesarios en clase, 250.–23) Los castigos son siempre un error. Son humillantes para todos y jamás conducen a la finalidad buscada. Son, como mucho, una mala solución, 251.–24) La vida nueva de la escuela supone la cooperación escolar, o sea, la gestión de la vida y del trabajo escolar, por los usuarios, incluyendo al maestro, 252.–25) La sobrecarga de las clases es siempre un error pedagógico, 253.–26) La concepción actual de los grandes conjuntos escolares conduce al anonimato de maestros y alumnos; por este mismo hecho es siempre una equivocación y un obstáculo, 254.–27) La democracia de mañana se prepara con la democracia en la escuela. Un régimen autoritario en la escuela no podría formar ciudadanos demócratas, 255.–28) Sólo se puede educar dentro de la dignidad. Respetar a los niños, debiendo éstos respetar a sus maestros, es una de las primeras condiciones de la renovación de la escuela, 255.–29) La oposición de la reacción pedagógica, elemento de la reacción social y política, es también una invariante con la cual tendremos que contar por desgracia, sin que esté en nosotros la posibilidad de evitarla o modificarla, 256.–30) Por fin una invariante que justifica todos nuestros tanteos y autentifica nuestra acción: es la esperanza optimista en la vida, 257.

Célestin Freinet: Datos biográficos 258

Obras de Célestin y de Élise Freinet traducidas al castellano 265

Otras obras de Morata de interés 267

LA ESCUELA PRIMARIA

Consideraciones preliminares

Las páginas precedentes habrán familiarizado un poco a nuestros lectores con el sentido general de nuestras investigaciones y con el alcance de nuestras actuaciones.

Al comienzo de la parte más delicada de este trabajo, querríamos prevenir la desconfianza de aquellos de nuestros colegas que duden en continuar adelante porque temen seguir a un iluminado en innovaciones que son quizá teóricamente aceptables, pero cuya práctica, sin embargo, corra el riesgo de trastornar peligrosamente la vida de la escuela, las relaciones con las autoridades, la disciplina, el trabajo y el éxito de los niños, sin contar con las costumbres del propio educador, ya cristalizadas, a veces, en rutinas impermeables.

Si somos partidarios hasta tal punto de una educación del trabajo, es que hemos aplicado de antemano sus principios a la concepción y a la realización de nuestra obra. En el lento perfeccionamiento que hemos perseguido durante treinta años, no hemos partido nunca de la teoría pedagógica para elevarnos a la realidad constructiva. Nuestras realizaciones son siempre, exclusivamente, el fruto de una experiencia por tanteo practicada en el propio trabajo escolar con los niños, en el ambiente normal de la escuela popular. Ninguna de nuestras innovaciones tiene su origen en una idea *a priori* que se trata de hacer pasar a los hechos, sino que hemos adaptado los instrumentos antiguos y forjado y perfeccionado los nuevos en el propio trabajo día a día. Lejos de quedar satisfechos con los primeros éxitos, hemos percibido sus insuficiencias y debilidades, teníamos conciencia clara de los vacíos que debíamos cubrir, sin dejar de buscar, mediante tanteos, los ajustes materiales y técnicos que pudieran hacer más eficaz todo nuestro sistema educativo.

Si nuestras prácticas no hubieran sido así, habríamos buscado en el mercado, como tantos otros, los modelos de imprenta que respondieran a nuestra idea pedagógica anterior. Y habríamos fracasado, como tantos otros también que habían probado antes, porque los principios del trabajo escolar y del trabajo industrial no son idénticos en absoluto. Partiendo del trabajo escolar de los niños, hemos creado, pieza a pieza, todo nuestro material escolar, perfeccionándolo luego. Lo mismo ha sucedido con el fichero escolar, que responde a una necesidad nueva, cuya interesante retrospectiva mostraría la emocionante serie de tanteos. También ocurre lo mismo con la ilustración, los planes de trabajo y todos los detalles de la nueva organización del trabajo escolar.

Es decir, que nuestras técnicas deben, como primera razón de ser, responder a las necesidades de nuestras escuelas públicas. Lejos de descender de algunos proyectos imaginarios o de teorías pedagógicas, ascienden exclusivamente de la base, del propio trabajo y de la vida de los niños en nuestras aulas renovadas.

Debido a que nuestras búsquedas no se han desviado nunca de su objetivo por consideraciones extraescolares, debido también a que hemos sabido contrastar su empleo mediante la colaboración eficaz y permanente de centenares de escuelas públicas, hemos logrado una conjunción quizá única en la historia de la pedagogía: la de la técnica escolar y la teoría pedagógica, justificándose una con otra. Según CLAPAREDE, hemos convertido en realidad, mediante nuestra acción en el seno de la escuela, los sueños generosos de psicólogos y pedagogos.

Ciertamente, hoy no nos disgusta comparar nuestras realizaciones con las perspectivas teóricas de tantos investigadores, así como intentar, a veces, una justificación *a posteriori* de nuestros éxitos. Pero cuando nos topamos todavía con algún tropiezo, cuando la experiencia no nos parece que coincida totalmente con la idea pedagógica, siempre volvemos a la comprobación por medio de la práctica. En definitiva, ella será el elemento decisivo: en su nombre renunciaremos a ciertas pruebas que no dan resultado en nuestro caso, aunque las recomienden en otros sitios como panaceas; en su nombre nos atreveremos con actuaciones que sorprenderán en un principio a los teóricos, aunque un día se rindan ante la evidencia de los hechos.

En esto consiste nuestra naturaleza pedagógica. El proceso de su evolución es perfectamente acorde con las verdaderas reglas de la investigación científica, tal como las ha definido Claude BERNARD: partimos de la vida, de las experiencias en la propia vida, sin ignorar en absoluto las teorías y los principios que pueden influir y ayudar en nuestro tanteo. Nosotros hacemos surgir la organización nueva de la realidad cotidiana.

Es decir, que podemos, sin ser pretenciosos, asegurarnos el éxito. No os presentamos una teoría dejándoos la tarea de pasarla a la práctica. Nosotros vamos directamente a la práctica y, os lo reiteramos, si estuviera en nuestro poder haceros presenciar, utilizando una cámara de cine y una proyección de lo grabado, a la actividad nueva de las clases que trabajan según nuestras técnicas, si os fuera posible ir a ver en el propio

lugar de trabajo, aunque fuera sólo media jornada, lo que rinden estas innovaciones, nos callaríamos por completo, contentándonos con decir a la salida: “Habéis visto el instrumento; habéis comprendido su empleo... Introducidlo en vuestra clase y uníos a nosotros para perfeccionarlo y universalizarlo”.

Para los que no pueden ir a visitar estas escuelas en pleno trabajo, reduciendo la teoría al mínimo, vamos a:

- describir la adaptación indispensable de los locales a las nuevas necesidades;
- presentar el material;
- mostrar, en la vida de una clase durante una semana, la utilización pedagógica de los nuevos instrumentos y la organización del trabajo que este uso precisa;
- dar después todas las indicaciones prácticas para introducir gradualmente en vuestras aulas las técnicas de trabajo que harán de vuestra escuela, demasiado intelectualizada, un medio educativo verdaderamente adaptado a las nuevas necesidades del grupo.

Los locales de la escuela primaria

Para dar una idea de conjunto de la nueva concepción de los locales escolares y de su mobiliario, vamos a presentaros un plan ideal, por así decirlo, que trataríamos de realizar si tuviéramos la oportunidad de construir la escuela popular del siglo XX.

Concedemos a esa instación material una importancia más decisiva de la que se cree necesaria para el éxito de los métodos. Es absolutamente preciso que nos despojemos de un sentimentalismo anticuado que nos mueve a decir que no hacen falta tantas riquezas para vivir felices e instruirnos dignamente. Sin duda sabemos que se puede ser mil veces más feliz en una chabola que en la opulencia de una mansión moderna; que se puede realizar una tarea de mejor calidad en una escuela pobre que en los locales donde no falta ninguna de las comodidades modernas. Se trata aquí de casos individuales, de la excepción a la regla. Pero en su conjunto, en igualdad de condiciones, se puede asegurar que es indispensable un mínimo de equipamiento material para la vida armónica de la familia; por debajo del cual, todo trabajo eficaz a menudo se hace imposible en las aulas.

El dar a la familia, a la escuela, ese mínimo, ese “estándar”, debe ser una de nuestras primeras reivindicaciones.

Antes de construir una fábrica o un gran almacén, el ingeniero no derriba por casualidad viejas casas que aunque son centenarias, se mantienen sólidamente en pie por espesos muros contruidos sobre sótanos abovedados que resisten a cualquier prueba. Las derriba porque sus muros, la disposición de las habitaciones, la reducida longitud de las vigas no permiten la utilización material que requiere, la racionalización del trabajo.

En nuestra escuela ocurre lo mismo: a trabajo nuevo corresponden locales y material diferentes, adaptados a las nuevas normas de actividad.

• *Ante todo, la situación.* Hemos mostrado, en nuestro libro *Essai de psychologie*, que el recurso a la naturaleza es, sobre todo, una vigorosa necesidad para el niño. Por ello, la escuela no está situada en el centro de una naturaleza “estimulante” si no es posible que se encuentre siempre cerca de un bosque, un río, unas rocas o campos cultivados, es indispensable al menos que esté rodeada de ese medio natural que ya hemos recomendado para niveles precedentes, aunque aquí adquiere un significado distinto con su huerto (de frutas y verduras), su prado, su colmena, su gallinero, sin olvidar espacios libres para juegos, acampadas, construcciones, etc.

En general, estas condiciones casi siempre se dan en las escuelas rurales. Pero en las urbanas hace falta tener en cuenta, naturalmente, la posibilidad de que los niños puedan ir a la escuela sin cansarse excesivamente y sin el riesgo de la circulación. En algunos casos, la existencia de medios de transporte permite la instalación de las escuelas en la periferia de las aglomeraciones ciudadanas, donde pueden reunirse las condiciones antes indicadas. (Este transporte era ya algo corriente en la época anterior a la guerra en algunas escuelas nuevas.)

En su defecto, como hemos indicado para las escuelas maternas, el medio natural estará separado de la escuela, lo que perturbará algo los horarios. *Pero no debería existir escuela primaria moderna sin un medio ambiente natural.*

Apenas insistimos en otras condiciones de instalación que el sentido común hará respetar: lugar soleado sobre un terreno seco, al abrigo del viento en todo lo posible, lejos de los ruidos callejeros, de los trenes o de las fábricas.

• *Plano del local.* Ofreceremos un plano modelo para una escuela de una sola clase, que será como la célula inicial que los arquitectos combinarán técnicamente para la construcción de escuelas de varias aulas.

La naturaleza y la forma del trabajo escolar tendrán que determinar la estructura de los locales, del mismo modo que la técnica de venta determina la disposición y la estructura de los almacenes modernos.

La escuela tradicional es un *auditorio-escritorio*, y el salón de actos de las escuelas superiores constituye su forma ampliada. La disposición más favorable para este *auditorio-escritorio* era una sala única, suficiente para agrupar a la población escolar sentada, pero no demasiado grande para que la voz del maestro se pierda y su ojo deje de vigilar hasta el último rincón. No hablemos del puntero con el que, antiguamente, desde su sitio, podía alcanzar hasta los desgraciados de la última fila. No convenía que esta sala tuviera aberturas muy amplias hacia el exterior, pues estas ventanas perjudicaban la resonancia de la voz magistral y podían distraer a los alumnos; corregido con la gran elevación de las ventanas y la opacidad de los cristales.

Nuestra escuela moderna será un *taller de trabajo*, integrado en la vida del medio. Este destino específico precisa una estructura nueva.

La escuela será un taller de trabajo comunitario y especializado a la vez. Por todo ello, deberá poseer:

- *una sala común*, comparable más o menos al aula tradicional, donde los niños pueden reunirse para todos los trabajos colectivos, cuyo papel pedagógico veremos más adelante. Esta habitación estará iluminada y ventilada lo mejor posible. Luego hablaremos de su mobiliario.
- *talleres especializados exteriores* que comprendan:
 - a) el medio natural: huerto con verduras y frutales;
 - b) el criadero: conejos, colmenas, conejillos de indias, gallinas, cabras...
- *talleres especializados interiores*, en número de ocho, que darán a la sala común de acuerdo con las indicaciones del plano que incluimos en la página 66.

• *Modernización de los locales existentes*. Será posible construir, en algunos casos y al menos en una de las fachadas del local existente, un añadido de dos metros de profundidad con anchas aberturas que darán a la sala común, donde se situarán los talleres. El gasto no será excesivo y, en el momento en que padres y funcionarios hayan comprendido su necesidad, reconocerán que se puede llevar a cabo.

Pero también ocurre con frecuencia que la escuela dispone de una habitación que da a la clase y que está desocupada, o que, al menos, puede cederse (antiguo despacho de la alcaldía, aula vacía...). Allí podríamos instalar nuestros talleres especializados. Deberá tener, desde luego, una puerta de comunicación directa con la clase.

Adivinamos la inquietud de los pedagogos: ¿cómo podrá vigilarse a los niños y qué sucederá con los alumnos de una clase cuando el maestro esté en la otra habitación? El problema sería efectivamente insoluble en la escuela tradicional donde el trabajo está en función de la vigilancia y de la autoridad.

Felizmente las condiciones han cambiado en las escuelas que trabajan según nuestras técnicas. Hoy es un hecho indiscutido: cuando los alumnos se dedican a trabajos que les interesan profundamente porque responden a sus necesidades funcionales, la disciplina se reduce a la organización de estos trabajos y sólo requiere un mínimo de vigilancia que, la mayor parte del tiempo, se dedica al equipo o al grupo. El maestro deja de ser un guardián para convertirse permanentemente en consejero y auxiliar. Esto no quiere decir que se logre así de repente la perfección en la armonía escolar. Si el mecanismo estuviera perfectamente regulado, si no existiera entre los alumnos algún niño nervioso, discapacitado, aturdido, o violento, puede ser que sucediera esto. En la práctica el maestro debe hacer como el mecánico que vigila un grupo de máquinas y puede descansar en el quicio de la puerta cuando todo funciona. Pero en cuanto oye un ruido sospechoso, nota un descenso del ritmo o un fallo, tiene que apresurarse para echar aceite, acelerar un mecanismo o aminorar la marcha de un rodamiento.

Éste será el nuevo papel del maestro que, consecuentemente, puede muy bien hacer trabajar a grupos de alumnos en dos salas contiguas que se comuniquen.

A falta de la sala contigua, los talleres podrán instalarse en un pasillo o, si no fuera posible, en la misma sala común. En este caso, bastará modificar la disposición del mobiliario y montar unas mesas de trabajo rudimentarias, con viejas mesas transformadas, o con caballetes.

Esta última solución sólo es posible en las clases bastante espaciales y no sobrecargadas. En las demás, en los cuchitriles escolares, como ocurre con los tabucos obreros, sólo existe una solución: se impone el desalojo.

La instalación de los talleres en la propia aula tiene el inconveniente de complicar el trabajo colectivo ya que el ruido de los talleres dificulta la concentración de los alumnos ocupados en actividades intelectuales o artísticas.

Tiene la ventaja de facilitar la vigilancia en clases mal acondicionadas o demasiado recargadas de alumnos.

Todavía debemos hacer aquí una observación esencial: en estos últimos tiempos, en la educación nacional francesa ha habido una tendencia característica hacia la organización del trabajo manual en el seno mismo de la escuela primaria (segundo ciclo). Se han concedido créditos para la instalación de talleres que potenciaran este trabajo.

Como el trabajo manual, al que se destinan esos talleres, es independiente de la actividad intelectual escolar, puede surgir la tendencia a separar a dichos talleres de la clase y agruparlos en una especie de taller anejo para el preaprendizaje manual.

Deseamos precisar también que esta especialización prematura no es, ni mucho menos, nuestro objetivo: para nosotros no se trata de conservar todo lo esencial –espíritu y métodos– de la enseñanza escolástica, y de incorporar –y ni siquiera eso, sino pegar– una sección de trabajo para los alumnos mayores. Esta dualidad no es ni siquiera un mal menor: es un engaño, una falsa reforma, uno de estos gestos simbólicos muy adecuados para sabotear y desacreditar la idea que parecen servir.

Nosotros queremos la educación por el trabajo, una cultura fruto de la actividad laboriosa de los propios niños, una ciencia hija de la experiencia, un pensamiento determinado continuamente por la materia y la acción. Por eso, talleres de trabajo, sala común, ayuda del maestro, son las condiciones inseparables de un todo que es la formación del niño y, más allá de él, la formación del hombre, del ciudadano de la nueva sociedad popular.

Esta observación es especialmente necesaria para la concepción de los locales en las escuelas con varias clases. En efecto, podría darse la tendencia, mucho más que en las escuelas de un solo maestro, a separar los talleres especializados de las clases, igual que se instala un lavabo común, una cantina o una piscina. Estos talleres podrían establecerse, equiparse y organizarse perfectamente con un mínimo sensible de desembolso, pudiendo responsabilizar de los mismos a maestros estrictamente especializados, y por tanto particularmente competentes. Estas escuelas con varias aulas incluirían, así, clases tradicionales que sólo tendrían de más un taller de carpintería, una herrería, un fichero, una imprenta, un laboratorio de ciencias, una sala de trabajos domésticos comunes a todas las aulas. Esto es lo que ya existe, de manera más completa, en numerosas escuelas bien organizadas de Francia, Alemania, Noruega, Suecia. Justamente contra esta concepción pedagógica nos levantamos; contra esta separación anormal de la clase intelectualizada y del taller activo que prepara esta dualidad social de los trabajadores manuales, relegados en la mediocridad, y de una clase intelectual, tanto más presuntuosa cuanto más estéril.

Nuestra concepción pedagógica nueva necesita que cada clase, incluso en las escuelas de múltiples maestros, tenga sus talleres especializados que forman parte del proceso educativo, como ocurría hasta ahora con la mesa del maestro sobre la tarima, medio y símbolo de la enseñanza. Esto no impedirá la organización de talleres complementarios donde maestros especializados darán todo tipo de orientaciones prácticas para el trabajo propiamente escolar.

La organización de este conjunto complejo es cuestión de los arquitectos. Ellos conocen ahora cuáles son las necesidades verdaderas de nuestra pedagogía, como también conocen las correspondientes al trabajo industrial racionalizado. A ellos les incumbe construir los locales que por fin posibilitarán las actividades cuya necesidad primordial hemos mencionado.

En las escuelas de aulas múltiples, la reorganización y readaptación de los locales existentes es más delicada. La única solución práctica será quizá la supresión de clases intermedias levantando en ellas tabiques medianeros para albergar los talleres contiguos a las aulas que queden. Para todo ello habrá que ampliar ligeramente los grupos con los niños procedentes de las clases que hubiera que eliminar.

Para esta readaptación, las dificultades financieras siempre son sólo una mala excusa. Recientemente se ha decidido la concesión de importantes subvenciones para mejorar el hábitat rural. Así hemos visto a los granjeros derribar su viejo establo para construir otro moderno, amplio y aireado, con luz eléctrica, montacargas, etc. No vamos a pedir menos para los niños.

Lo que falta, lo sabemos, no es el dinero, sino la conciencia de la necesidad de esta adaptación, el sentimiento del verdadero papel de la escuela, de su nobleza, de su fundamental importancia para la vida de los individuos, para la paz y prosperidad de las ciudades. Y a nosotros nos corresponde la tarea de demostrar el movimiento andando, de demostrar la necesidad de esta readaptación por medio de una experiencia irrefutable.

Una vez más afirmamos que esperamos de los educadores de las pequeñas escuelas de dos aulas gemelas de pueblos y aldeas, de los maestros de escuelas con una sola clase, la prueba decisiva que arrastrará a todo el mecanismo educativo. A ellos les corresponde hacer que surja de la escuela tradicional, incluso de la vida de las comunidades rurales, el taller complejo, manual, intelectual y artístico, que formará armoniosamente al hombre completo y activo de la sociedad del mañana.

- *Mobiliario*. El mobiliario de la escuela tradicional es naturalmente el de un *auditorio-escritorio*: mesa del profesor en una tarima, pizarra única para uso exclusivo de la lección magistral o para preguntar las lecciones; bancos-pupitre para los niños sentados que están escribiendo o leyendo (se excluyen todas las demás actividades, salvo las clandestinas); ausencia de todo espacio libre cuya utilización no está prevista en la organización pedagógica; un mueble biblioteca con una enciclopedia científica cuidadosamente cerrados, al abrigo del polvo y de las manos indiscretas; y, sobre una consola, el busto de la República o el crucifijo.

Este mobiliario no responde ya en absoluto a las nuevas necesidades escolares porque en este entorno:

- es imposible hacer otro trabajo, sentados o de pie, que no sea la escritura o la audición pasiva;
- es imposible desplazarse;
- y es totalmente irrealizable, por todos esos motivos, cualquier colaboración entre alumnos o del profesor con los alumnos.

Nosotros prevemos:

- *Mesas corrientes*, y por tanto fundamentalmente móviles, con la parte superior horizontal, sobre las cuales pueden trabajar sin molestarse cuatro alumnos. Estamos totalmente en contra del banco-pupitre inclinado que sólo sirva para escribir.

Nuestras mesas son prácticas para la escritura, la lectura, el recortado, el pegado, el dibujo, el examen de mapas y documentos. Colocando pegadas una a continuación de la otra, forman una gran mesa para el trabajo en grupos. Se pueden colocar a un lado de la clase o amontonarlas en un rincón, dejando libre el espacio para otros usos colectivos: desarrollar temas, exposiciones, teatro, etc.

A falta de mesas portátiles, pueden servir igualmente unos tableros sobre caballetes, con capacidad para ocho alumnos, que serán más baratos. Pero quizá su estabilidad no sea suficiente. Además, siempre que sea posible, es preciso evitar que los alumnos dependan materialmente demasiado de sus compañeros: esto puede ser motivo de disputas, de accidentes y de desorden inútil.

- *Como asientos*, recomendamos una silla ordinaria o, si no, el taburete de madera. Por las razones antes expuestas, hay que erradicar el banco colectivo.

Podemos tener previsto disponer de algunos cojines para poner en los asientos de los alumnos demasiado pequeños: además, la altura de las mesas y de los asientos estará adaptada al curso al que la clase corresponda.

En definitiva, esta instalación es menos incómoda que los pesados bancos-pupitre tradicionales.

Que no se intranquilen los defensores de la higiene escolar por nuestras mesas planas y los taburetes ligeros sin respaldos. La escritura y la lectura, ya no son, para nosotros, las únicas tareas escolares, y los alumnos no se ven obligados a adoptar, durante horas, una inmovilidad fuera de lo normal, lo que les hacía propensos a contraer escoliosis. Por la diversidad de actividades que les ofrecemos, corregirán ellos mismos las posturas incorrectas, compensando con una actividad corporal la concentración intelectual o artística que ha mantenido tensos sus músculos e inmovilizados sus cuerpos.

- Se instalarán *casilleros* en una de las paredes libres del aula. Allí colocarán los alumnos sus libros, cuadernos y útiles sin sobrecargar más las mesas. La disposición del mobiliario permitirá al escolar levantarse libremente sin producir ruido, cuando lo desee, para ir a su casillero.

- No hace falta que la *mesa del maestro* se coloque sobre la tarima. El educador pronunciará cada vez menos lecciones magistrales o las suprimirá totalmente. Se le pedirá, con más frecuencia, que colabore con los alumnos por todos los rincones de la clase. Será suficiente con una mesa sencilla, como las destinadas a los alumnos, esencialmente móvil, y un casillero particular.

- En cambio, ampliamos el uso de las *pizarras*. Tendremos una pizarra con caballete para copiar los textos, notas e inscripciones que interesen directamente a toda la clase; y una, dos, o incluso tres pizarras –pintadas, si es preciso, sobre los espacios libres de las paredes, o sobre paneles de madera– destinadas al trabajo de los grupos.

No es necesario que estas pizarras sean lúgubramente negras. Un verde ligeramente oscuro es perfecto. No debe descuidarse ningún detalle que pueda mejorar la austeridad inútil de la clase.

- La *iluminación natural* debe ser la suficiente. No hay que temer a las amplias cristaleras, al nivel de los niños, como en las viviendas familiares. Es bueno que los niños puedan mirar al exterior. Esto no siempre es inútil, ni perjudicará la calidad de nuestro trabajo, sino que liberará definitivamente a nuestra escuela de la atmósfera de prisión.

Deberán estar previstos los dispositivos para dejar el aula a oscuras durante cualquier hora del día, para las proyecciones luminosas fijas o animadas.

La iluminación artificial indirecta también deberá ser la adecuada.

- El *mobiliario de los talleres* incluirá, según a lo que se destine, mesas móviles o fijas contra las paredes, casilleros y estanterías.

En todo eso no hay nada lujoso o irrealizable. Las escuelas existentes, salvo en los casos irresolubles de cuchitriles estrechos y superpoblados, pueden orientarse progresivamente hacia esta adaptación. Entre las cosas inmediatamente posibles destacamos:

- La desaparición de la tarima del maestro y la colocación de su mesa al nivel de los alumnos. Esta medida produce a menudo un aumento apreciable del espacio libre. La tarima podrá utilizarse para otras necesidades.
- Algunos pupitres sobrantes o inservibles podrán transformarse en pequeños bancos de trabajo o en mesas para exposiciones.
- Si tenéis que reemplazar bancos ya viejos, haced construir mesas y taburetes según nuestras indicaciones, en espera de transformar la totalidad del mobiliario. Si el gasto es muy parecido, las autoridades no pondrán ningún obstáculo.
- Modificad la estructura de vuestra aula disponiendo las mesas de manera que quede el mayor número de zonas de paso y espacios libres.

El material de trabajo

En este marco adaptado al máximo a las modalidades del nuevo trabajo escolar, ¿cuál es el material, cuáles son los instrumentos que instalaremos para realizar, práctica y eficientemente, nuestra educación del trabajo?

Después del examen psicológico y social de las necesidades esenciales de los niños de nuestra época, hemos fijado en *ocho* el número de talleres de trabajo especializados.

Cuatro de estos talleres estarán consagrados a lo que llamamos *trabajo manual de base*, es decir, aquél hacia el cual se vuelve espontáneamente el niño que es libre de escoger su actividad. Es un hecho, en efecto, que se finge ignorarlo o descuidarlo porque está en contradicción con el interés exclusivo y prematuro por la intelectualización: entre una actividad que precisa un esfuerzo general especial y un trabajo manual que permite dominar, por poco que sea, la materia viviente o pasiva, ningún niño duda, a menos que esté ya pervertido por una formación que le haya provocado una repulsión anormal por el esfuerzo manual. Así pues, ocurre lo mismo que con el niño que se acerca espontáneamente al fruto natural y succulento y lo prefiere a las preparaciones artificiales por atractivas que sean, a menos que su gusto esté ya pervertido.

Hoy conocemos los riesgos que existen en la construcción de un sistema, sea alimenticio o pedagógico, basándose en la perversión y la adulteración. Nosotros continuamos pensando que, en todo caso, es preferible tomar la naturaleza tal como es, y construirlo todo a partir de sus más sanas virtualidades.

Por tanto, no obligaremos al niño que llega a nuestra escuela a orientarse hacia una actividad intelectual que, bajo la forma como se la presentamos, no es natural para él. Dejaremos que se dirija hacia las tareas ancestrales de enriquecimiento por el trabajo manual y el empleo perfeccionado y continuo de herramientas; le ayudaremos a realizarse primero por este trabajo, que elevaremos luego a su importante dignidad intelectual y social.

“Y si el niño se entretiene en exceso, se preguntará alguno, en esta actividad manual básica, con el riesgo de descuidar y desconocer las adquisiciones que hasta ahora eran específicas de la escuela, ¿no lo violentaréis?”

Sería ésta una violencia bastante inútil.

De este trabajo de base, tercera etapa de la personalidad, después de la prospección por tanteo y de la instalación, nacerán inevitablemente: la conciencia de las relaciones entre los hechos, la lógica nacida de la experiencia y la construcción, y esa necesidad, que crece sin pausa, de conocer mejor para dominar mejor su propio trabajo, para dar a los instrumentos el rendimiento máximo al servicio de la capacidad individual, ligada a la capacidad de la comunidad.

El paso de una etapa a la siguiente no es un asunto externo, sino interno. Vosotros podéis facilitarlo, ayudarlo, acelerarlo; no podríais evitarlo impunemente para pasar de un salto a la etapa superior. Este paso es tanto más rápido cuanto más estimulante sea el medio, mayores las posibilidades del individuo para asimilar el mundo, y más inteligente sea dicho sujeto –en este caso no consideramos la inteligencia en su sentido estrictamente escolar.

Cuanto más retrasado esté el individuo, más se demorará en la satisfacción material del trabajo puramente manual. Incluso puede quedarse en este estadio. Pero ¿creeremos verdaderamente haber hecho alguna tarea útil cuando le hayamos separado artificialmente de la lenta formación funcional, que era esencial para él, para comenzar a presentarle lecciones, ejercicios memorísticos y de castigo, en un

intelectualismo que le excede? Sólo habremos conseguido descentrarlo, desarraigarlo, desequilibrarlo, comprometer su ascenso normal hacia la inteligencia verdadera.

Hasta ese día hemos procedido como la mamá inconsciente –aunque por otra parte no hay ninguna que pueda impulsar la inconsciencia hasta este absurdo– que pretendiera evitar a su hijo el lento tanteo por medio del cual ajusta día a día la potencia de sus músculos y la armonía de sus gestos, por temor, diría ella, a que su hijo no llegue nunca a caminar derecho y lo colocara en un aparato de su invención que le obligara a sostenerse sobre sus piernas y a caminar. Excelente forma, aseguraríais, para que el niño no llegue nunca a andar derecho por sí sólo con sus piernas flácidas y torcidas, y se vea reducido a caminar toda su vida con los aparatos que le pusieron prematuramente, sin respetar su proceso evolutivo.

Ninguna madre aceptaría semejante estupidez, pues todas poseen esa confianza instintiva –que la escolástica pseudo-científica ha destruido en nosotros– en la invencible necesidad del niño de ascender, de crecer y perfeccionar sus técnicas hasta dominar el mundo con la velocidad de sus piernas, la seguridad de sus gestos, el poder de su cuerpo armonioso. Más todavía, ella juzga, en su espontaneidad afectiva, que cada etapa de este crecimiento tiene su encanto, del que le molestaría verse privada.

Solamente, claro está, este ascenso de los primeros gestos coordinados hasta la marcha normal se realiza con mayor o menor rapidez según las aptitudes de los niños. Algunos no llegarán nunca a alcanzar un equilibrio normal, y durante toda su vida caminarán como tanteando, los brazos inseguros, separados del cuerpo, como tratando de agarrarse a una rama salvadora. Por desgracia, no hemos asimilado que la ciencia ha conseguido, hasta la fecha, asegurar su paso y mejorar su equilibrio, sólo mediante una lenta y problemática acción sobre el comportamiento general que condiciona el éxito especializado.

Verdaderamente los pedagogos son únicos pretendiendo quemar etapas, tener más éxito que la naturaleza y obstinarse orgullosamente en sus errores a pesar de la evidencia de sus fracasos.

Recuperemos nuestra confianza en la vida y tengamos la seguridad de que es capaz de conseguir que los individuos asciendan, sin estar deformados, desvitalizados, desde las actividades básicas hacia la instrucción, la cultura, la ciencia y el arte, hasta la suprema conquista de una espiritualidad que es la señal manifiesta de la superioridad humana.

En nuestros talleres de trabajo básico, ofrecemos a los niños posibilidades de trabajo y no formas de amaestrarlos. Evitad volver a la escolástica realizando el trabajo en estos talleres como si fuera una tarea consecutiva a determinadas lecciones metódicas, o bien obligando a todos los niños a pasar alternativamente por cada uno de dichos talleres para que realicen una iniciación que se considera indispensable. Es raro que un individuo se interese en la misma medida por las diversas actividades manuales, y que alcance un nivel de maestría semejante. Por otra parte, este interés varía con la edad: cambia fundamentalmente con la estación del año, con el tiempo, con ciertas modas imprevisibles en su origen “que están en el aire”. Por ejemplo, aunque el trabajo en el campo se abandona casi totalmente en invierno, sin embargo, llega un momento, en primavera, en que todos los niños se entregan bruscamente, con un furor característico, a arar, limpiar, sembrar... Después, una vez el grano se ha confiado al suelo, ese interés se desvanece durante un tiempo en provecho de otras actividades.

La escuela debe sentir y respetar ese interés y ese ritmo, aunque éstos no coincidan con las normas pedagógicas que habíamos previsto; dejaremos que el niño elija su actividad dentro del marco de las necesidades de la comunidad contentándonos con ayudarle a conseguir el objetivo, a avanzar con éxito hacia la maestría y la perfección.

Estas recomendaciones tienen más importancia de lo que se cree: si no las respetáis, conseguiréis sólo un preaprendizaje más o menos prematuro que puede tener sus ventajas. Pero no lograréis la *educación del trabajo*.

Estas mismas consideraciones esenciales son las que justifican una última puntualización: sobre la propia riqueza de la instalación.

Que nadie malinterprete nuestra intención: no se trata de ningún modo de excusar e idealizar la pobreza y la desnudez como se ha intentado a veces en determinados ambientes. Lejos de eso, afirmamos, por el contrario, a lo largo de todo nuestro trabajo que, para ser eficaz, la escuela, en la mayoría de los casos, tiene una necesidad absoluta de un mínimo de material, de instalación y de organización y este mínimo es el que queremos precisar en primer lugar, para luego hacerlo técnica y financieramente posible en nuestras escuelas.

En una vivienda hay un equipamiento mínimo por debajo del cual la vida del individuo no puede organizarse con normalidad. Este mínimo es el que debemos tratar de conseguir.

Pero también sucede que más allá de un término medio, el individuo corre el riesgo de dejarse dominar por la instalación; pierde su libertad de movimientos, ya no hay lugar en su vida para la fantasía, lo

imprevisto y ese placer inapreciable que se experimenta al mejorar, enriquecer, perfeccionar, adaptando el material y la técnica al juego primordial de nuestra personalidad.

En este sentido, una organización demasiado influida por estos talleres de base corre el riesgo de perjudicar la iniciativa, la adaptación del trabajo al medio, de subordinar la creación al orden y a la disciplina fría de un material que impondría su ley como la cadena de producción la impone a los obreros que se incorporan a ella. Temo hasta tal punto esta obsesionante riqueza que si me ofrecieran para esos talleres un material absolutamente completo y perfeccionado, me apresuraría para enviar al desván todas las piezas que no fueran totalmente indispensables para el trabajo que me propongo.

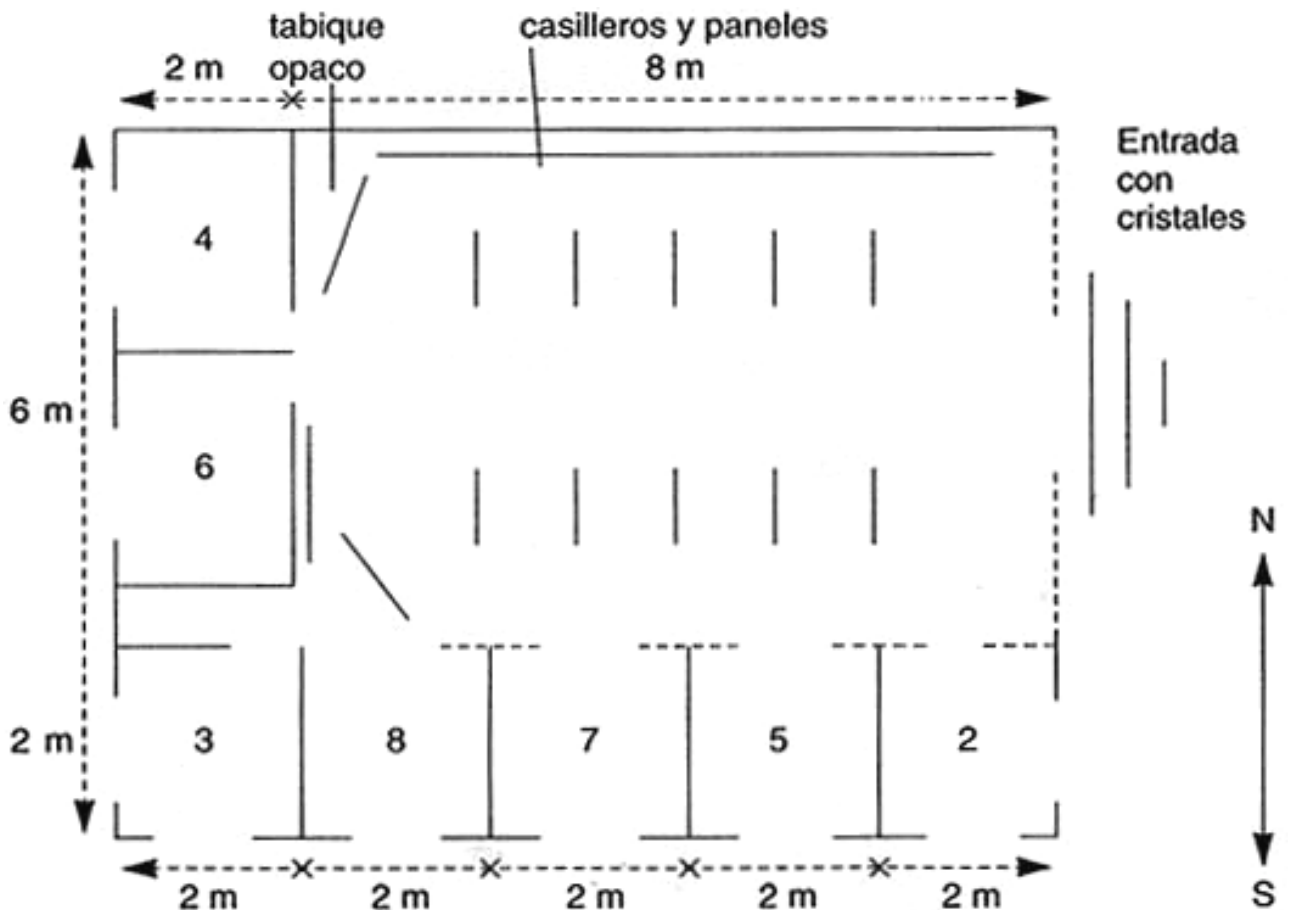
Ahora vamos a determinar este material mínimo de base. A continuación dejaremos que los alumnos, ayudados por su instructor, sus padres y amigos de la escuela, perfeccionen ese material mediante la aportación interesada de cada uno, el trabajo de los más hábiles y la ayuda más o menos benévola de los artesanos de la localidad.

Entonces el taller nos pertenecerá plenamente, nos será familiar y lo utilizaremos en consecuencia.

En la lista del equipamiento de cada uno de nuestros talleres anotamos, por tanto: en la primera columna las piezas de material que a nuestro entender son indispensables, que habrá que adquirir o fabricar urgentemente, y en la segunda columna apuntaremos los artículos accesorios con los que la escuela se enriquecerá en la medida de sus posibilidades.

Antes de proceder a esta enumeración, incluimos ahora la lista de los talleres que hemos previsto:

- *Cuatro talleres para el trabajo manual de base.*
 1. Labores del campo. Cría.
 2. Herrería y carpintería.
 3. Hilatura, tejido, costura, cocina, hogar.
 4. Construcciones, mecánica, comercio.
- *Cuatro talleres de actividad evolucionada, socializada e intelectualizada.*
 5. Prospección, conocimientos, documentación.
 6. Experimentación.
 7. Creación, expresión y comunicación gráficas.
 8. Creación, expresión y comunicación artísticas.



Taller 1: Labores del campo. Cría

<i>Material indispensable</i>	Precio	<i>Material accesorio</i>
3 azadas de dientes		– cajas o caseta para la cría de conejos, de una cabra, etc.
2 azadas		– herramientas accesorias según la región
1 pico		– canastos o cestas
1 rastrillo		– conejos
1 pala		– conejillos de indias
1 carretilla pequeña		– cabra
1 carretilla mediana		– árboles frutales

Taller 2: Herrería y carpintería

<i>Material indispensable</i>	Precio	<i>Material accesorio</i>
1 horno de herrero		– placa de hierro, para reemplazar provisoriamente el yunque
1 lima para hierro		– mazo de herrero
1 tenaza grande		– cortafrío
1 martillo pequeño		– hierros y planchas viejas para los trabajos
– mesa rústica que sirva como banco		– banco de carpintero, de segunda mano o construido con ayuda de artesanos locales
– torno de carpintero		– garlopa
– cepillo		– barrilete
– sierra recta		– escuadra
– sierra de contornear		– gramil
1 escofina		– instalación mecánica para cortar contrachapado
1 berbiquí con un juego de brocas		
1 escoplo		
– segueta para contrachapado		

Taller 3: Hilado, tejido, costura, cocina, hogar

<i>Material indispensable</i>	Precio	<i>Material accesorio</i>
– hornillo de petróleo, gas o electricidad		– buena instalación de cocina con horno
– cacerolas		– juego de cacerolas
– cazo		– tazón para tisanas
– colador		– espátulas
– mesita de costura con una plancha corriente, cajas con hilos, lote de agujas		– cucharas y tenedores
– rafia, cordel y juncos para trenzado y tejido a mano		– tazas, platos
– rueca y huso		– surtido para cocina, tisana, pastelería
– aguja y ganchitos para tejer		– instalación de agua
		– plancha eléctrica
		– máquina de coser, manual, a pedal o eléctrica
		– maniquí
		– muestras de telas
		– modelos y patrones
		– aparato para tejer a mano
		– telar
		– surtido de hilos
		– torno para hilar

Taller 4: Construcción, mecánica, comercio

<i>Material indispensable</i>	Precio	<i>Material accesorio</i>
<ul style="list-style-type: none">– pinza universal– desatornilladores– mesa escritorio de la cooperativa con libros de contabilidad– balanza con su juego de pesas– lata o botella de un litro– metro plegable		<ul style="list-style-type: none">– material eléctrico de ocasión– aparatos para desmontar: despertadores, motorcitos– colección de diversas balanzas construidas en la escuela– pesas construidas– cinta métrica– cadena de agrimensur

Taller 5: Prospección, conocimientos, documentación

<i>Material indispensable</i>	Precio	<i>Material accesorio</i>
<ul style="list-style-type: none">– fichero escolar cooperativo– biblioteca de trabajo (folletos de documentación para el trabajo libre de los niños)– libros obtenidos de las colecciones existentes– mapas geográficos (existentes)– globo terrestre (existentes)– tocadiscos y discos– proyector y películas– diccionario índice, cuidadosamente actualizado, permitiendo clasificar y encontrar instantáneamente: fichas, libros, discos, películas, lectura, etc.		<ul style="list-style-type: none">– ficheros y cuadernos autocorrectivos– compra de libros para la Biblioteca de trabajo, a medida de las posibilidades– suscripción a diversas revistas ilustradas que pueden ser especialmente útiles para el fichero– cámara tomavistas– máquina fotográfica y material de revelado– aparato de diapositivas

Taller 6: Experimentación

<i>Material indispensable</i>	Precio	<i>Material accesorio</i>
<ul style="list-style-type: none">– equipo experimental mínimo que comprenda aparatos útiles para experimentación:<ul style="list-style-type: none">a) en la naturalezab) en físicac) en química– folletos, junto con el equipo, indicando el modo de empleo– flora y fauna– microscopio y lupas– aparatos eléctricos sencillos– aparatos de observación meteorológica:<ul style="list-style-type: none">a) termómetro ordinariob) termómetro de mínimas y máximas		<ul style="list-style-type: none">– construcción o compra de material accesorio según la ocasión– museo escolar, colección de productos diversos– material para coleccionar animales o plantas, disecado, herbario, etc.– pluviómetro– barómetro– veleta

Taller 7: Creación, expresión y comunicación gráficas

<i>Material indispensable</i>	Precio	<i>Material accesorio</i>
<ul style="list-style-type: none">– material para multicopista o limógrafo– material de imprenta escolar con los accesorios indispensables		<ul style="list-style-type: none">– máquina de escribir sencilla– completar este material a medida de las posibilidades

Taller 8: Creación, expresión y comunicación artísticas

<i>Material indispensable</i>	Precio	<i>Material accesorio</i>
<ul style="list-style-type: none">– material para grabar el linóleo– empleo de tocadiscos instalado en el Taller 5– discos especiales para el aprendizaje del canto– discos de danza y rítmica– lote de colores en polvo para trabajos colectivos– arcilla para modelado– teatro, guiñol, marionetas (construido según indicaciones)		<ul style="list-style-type: none">– altavoz– aparato de radio– piano o armonio– flautas– magnetófono– horno eléctrico

Técnica escolar para una educación del trabajo

Comprendemos que los educadores se sientan frente a la escuela cuya instalación acabamos de analizar como ante las puertas de una fábrica recién construida, donde han visto penetrar planchas, estanterías, muebles, piezas sueltas e imponentes máquinas.

- ¿Cómo se conseguirá lograr una armonía eficaz –se preguntarán– a partir de esta diversidad?
- ¿Cómo funcionará esta escuela?
- ¿Bajo qué principios se conjugarán estos dos elementos: trabajo manual y trabajo intelectual? ¿No se sacrificará, en la práctica, uno a otro, y cuál será?
- ¿Actuarán los alumnos según su fantasía? ¿Qué pasará con la disciplina? ¿Qué ocurrirá con la necesaria autoridad del instructor?
- ¿Cuándo daréis las lecciones? ¿Y si las suprimís, qué sucederá con los programas? ¿Y con los exámenes? Si, de todas formas, aunque no siempre sea posible, hacemos lo que queremos unas y otros, ¿aprenderán nuestros alumnos, al menos, a leer, escribir y redactar? ¿Se iniciarán lo bastante al cálculo, las ciencias, la historia, la geografía... para enfrentarse con la vida sin una peligrosa deficiencia?
- Los alumnos formados de este modo ¿serán al menos mejores, más inteligentes, si no más instruidos, y más sociables? ¿Debido a qué milagros?
- ¿Tendréis alguna vez un momento de silencio en esa escuela?
- ¿Qué dirán los padres? ¿Y el inspector?
- No, yo jamás me sentiré con suficientes aptitudes para semejante adaptación... ¡Eso sería el desorden y la impotencia! ¿No vale más, en definitiva, asegurar la disciplina, dar las lecciones regularmente, apoyándome paso a paso en los manuales escolares que, en definitiva, no están nada mal hechos?

Éstas son las diversas preguntas naturales y lógicas que se imponen al espíritu de los educadores que se encuentran, inquietos e indecisos, en el umbral de las nuevas realizaciones.

Estos educadores tienen razón. Si no tuviéramos la certeza, basada en una amplia y prolongada experiencia, de poder responder hoy positivamente a sus preocupaciones; si la escuela moderna no pudiera aportarles un rendimiento intelectual, moral, físico y social mejor que los métodos que pretende reemplazar, no defenderíamos en absoluto la necesidad de agitar de este modo todo el edificio pedagógico.

Lo hemos dicho antes: no somos teóricos en absoluto, sino prácticos. Unos prácticos que, como los artesanos en su taller, con conocimientos teóricos a veces reducidos, inventan o perfeccionan las herramientas, imaginan habilidades manuales, mañas del oficio, que en seguida logran sistematizar y codificar, para ofrecerlos a sus colegas menos ingeniosos o menos dotados.

También hemos dicho: si estos mismos maestros, convencidos a medias, pero humanamente descorazonados por la complejidad de la reforma material, pedagógica y psicológica que deben acometer, pudieran penetrar hoy en la fábrica ya en funcionamiento; si pudieran asistir, aunque no fuera más que unas horas, a la vida de una clase así regenerada, o al menos ver su imagen en la pantalla; si pudieran asistir a unos cursillos semejantes a los que organizábamos en Vence, antes de la guerra, y que celebramos ahora en diversos centros regionales, se convencerían sin duda y estarían dispuestos a unirse a nuestro grupo dinámico, según las indicaciones precisas y progresivas que damos al final de este trabajo.

Siempre que podemos, remediamos la imposibilidad momentánea de llevar a cabo cualquiera de estas iniciativas, haciéndoos asistir en espíritu a la vida de nuestra escuela organizada según las técnicas

cuyas bases hemos indicado, en una instalación y con un material que está lejos todavía de la perfección que hemos analizado completamente.

No protestéis. Es una experiencia que existe, que ha existido y que proseguirá y se desarrollará. Una experiencia repetida varios miles de veces, en formas adaptadas a las circunstancias locales y a las posibilidades del medio, y que no sólo precisa que la imitéis según las modalidades esencialmente prácticas que os indicaremos después de este rápido y demasiado abstracto cuadro de la vida nueva de una escuela moderna del siglo XX.

Ojeada inicial a la vida comunitaria de la escuela

Nos encontramos –para empezar como lo haría un locutor de radio– en una escuela de pueblo con sólo una clase compuesta por una treintena de niños y niñas, de 6 a 14 años. Todos están de acuerdo en reconocer que este tipo de escuela, tan común en Francia, es el más difícil, lo que no quiere decir que sea el menos interesante, sino todo lo contrario.

Nuestra historia comienza el sábado por la tarde, durante la última hora de clase, consagrada a la reunión semanal de la cooperativa escolar.

El presidente se instala en la mesa del maestro (la tarima ha desaparecido: se ha transformado en una mesa rústica para la imprenta). El secretario está a su lado. Todos los alumnos están sentados donde les apetece, por toda la clase, que se ha convertido en lugar de reunión.

El maestro se ha situado discretamente al fondo de la clase y uno de los más pequeños ha ido a apoyarse en sus rodillas, como para disfrutar de una seguridad más completa y familiar.

El secretario lee el informe de la reunión anterior:

“Preparamos la fiesta de Navidad. Los mayores organizan una comedia. Christiane ha hecho ensayar a los pequeños una bonita escena con cantos. Lulu y Jean irán a unos grandes almacenes a comprar juguetes para el árbol de Navidad.”

“Hay niños que cantan en clase mientras trabajamos. Hacen que nos equivoquemos. Coco y Louis, los peores, serán los vigilantes de ruidos durante la semana.”

“Roger, no se ocupa de ordenar los componedores y es el responsable de esto. Jeanne, la vigilante de la imprenta, no pone suficiente atención. Los dos, que reconocen que la crítica está bien fundada, se comprometen a hacerlo mejor y conservan el cargo durante quince días más.”

“Colette, responsable del fichero, dice que hay muchos documentos por pegar. Se decide que se ponga a hacerlo sin tardanza.”

“René desearía tener un corresponsal en Italia. La junta escribirá a la Cruz Roja juvenil para conseguirlo.”

A continuación se examina la situación financiera.

Discutimos luego asuntos del orden del día: ¿Hay que comprar una coneja? ¿Cambiar el ritmo de recepción de las películas? ¿Pedir ciertos discos que han solicitado numerosos alumnos?

El tesorero nos da el saldo de caja, que es como un barómetro para los proyectos. El maestro expone su punto de vista sobre la urgencia de ciertos gastos.

Luego se pasa a la lectura del periódico mural que sirve de ocasión para una especie de examen profundo de la vida comunitaria de la escuela durante la semana transcurrida. Este periódico es una hoja grande de 40 x 50 que el lunes por la mañana se fija en un rincón especial de la clase. La cabecera la han ilustrado dos alumnos que se eligen cada sábado. La propia hoja está dividida en tres columnas que tienen por título: *Criticamos... Felicitamos... Pedimos...*

En este periódico, durante la semana, los alumnos escriben libremente sus quejas, los errores o faltas que detectan, denuncian las insuficiencias de unos servicios o de una organización. En la tercera columna anotan las propuestas o deseos relacionados con la vida de la clase. Todas estas sugerencias van firmadas; el anonimato, por otra parte, no sería eficaz, puesto que la propia escritura indicaría quién era el autor. Este periódico debe sintetizar el conjunto de las reacciones infantiles ante el funcionamiento siempre imperfecto del organismo escuela.

El secretario lee, frase a frase, este periódico. Inmediatamente sigue la discusión:

“Jeanne no cuida bien la reclasificación de los tipos de imprenta. Así no se puede componer deprisa.”

Jeanne se defiende. Acusa que hay mala voluntad, pide que la reemplacen y preferiría ayudar en el fichero. ¿Quién la reemplazará? Jean-Pierre acepta. En seguida queda decidido que, durante el recreo del lunes por la mañana, se procederá a reclasificar íntegramente toda la caja. ¡Cuidado entonces con los que coloquen mal los tipos!

“Pierre entra por la ventana.” ¿Quién le acusa? Es Félix. Ataque de cólera de Pierre. “¡Y él tira barro contra la pared!” Pierre limpiará todas las ventanas y Félix quitará las manchas de barro de la pared.

A veces se critica al propio maestro: *“Yo quisiera disponer de más tiempo para realizar mis experimentos de ciencias...”* “*¡La historia no debiera estudiarse así!*” Se discute. El maestro reconoce de buen grado ciertos errores, a menudo impuestos por los programas, ciertas debilidades... Todos podemos equivocarnos... trataremos de hacerlo mejor...

Se comprende ahora cuál es el espíritu de este periódico mural. Cuando ha terminado su lectura crítica, el presidente pregunta si hay alumnos que tengan todavía alguna cosa por decir. Los más tímidos, animados por esta atmósfera familiar de autocritica, dan su opinión. Se deben limitar las interpelaciones, pidiendo que se formulen las críticas o sugerencias en el próximo periódico.

No hay nada tan moral y tan provechoso como este examen en común, a la vez crítico y constructivo, de la vida de la clase. Las propias condiciones de este examen colectivo excluyen toda tendencia a la maledicencia, a la calumnia, a la travesura mezquina. La mala intención muy pronto quedaría desenmascarada y ridiculizada. Después de una corta práctica –el tiempo necesario naturalmente para hacer desaparecer de la clase los hábitos de pasividad, obediencia estricta y camaradería hipócrita que eran hasta entonces la norma– los niños manifiestan, en esta autocritica, una lealtad y sobre todo un valor sorprendentes. La misma camaradería juega tan sólo un débil papel. Es posible que los niños se critiquen y sigan siendo excelentes compañeros si son leales, sinceros y sin maldad.

En ciertos casos graves, puede considerarse la aplicación de una sanción. La oficina de la cooperativa recientemente había propuesto establecer un verdadero código que previera, para cada clase de delitos, el castigo correspondiente. Este ensayo demostró ser inaplicable.

En la práctica, como en la familia, no se puede contar demasiado con las sanciones para mejorar una situación cualquiera. La crítica colectiva, el reconocimiento de las faltas, el sentimiento comunitario, el deseo de hacerlo mejor, en general parecen suficientemente eficaces. La única sanción regular consiste con frecuencia en reparar el daño, rehacer lo que se deshizo, limpiar lo que se ensució, ayudar en una tarea para compensar el perjuicio ocasionado a la clase... Sin embargo, hemos previsto pequeñas multas para algunos delitos: la cantidad se ingresa en la caja de la cooperativa... ¡Y los beneficios no son pequeños!

Para terminar positivamente esta autocritica constructiva, reajustamos en lo posible el funcionamiento de nuestra máquina. Charles, responsable de la limpieza general de la clase, querría cambiar de servicio. Se le recuerda que fue elegido por un mes y que todavía le queda una semana. Es muy bueno, en efecto, habituarse temprano a reprimir los cambios bruscos de humor y a obedecer las reglas aceptadas, a cumplir las funciones para las que nos han elegido.

–¿Quién ilustrará el periódico mural?

–Hay que preparar una excursión al molino. ¿Quién se encarga de visitar al molinero y organizar la salida hasta en los mínimos detalles?

–Preparamos rápidamente la lista de las conferencias cotidianas de la quincena que empieza, lista que fijaremos en el tablón de anuncios... Antes de nada ¿quiénes son los que tienen una conferencia preparada?

La hora de salida a veces ha sonado hace mucho rato y todavía estamos allí, en apasionada camaradería, para poner a punto la vida de la clase que así se convierte, en una amplia medida, en asunto propio de cada niño. La escuela se convierte en su escuela.

Y esto es ya una primera y definitiva conquista.

La entrada en clase un lunes por la mañana

El espíritu nuevo de nuestra escuela se revela en la actitud de los niños incluso antes de entrar en clase.

Nosotros no somos partidarios ni de ese silencio mortal que debe seguir, según algunos, a la señal de la campana, ni de esa alineación militar en la que unos fanfarronean orgullosamente mientras otros se esconden para hacerse olvidar o perdonar. Uno se calla así, latándole el corazón, cuando llama a la puerta de alguien desconocido que nos intimida. Pero cuando se regresa a casa, se entra con alegría, el espíritu y la boca llenos de confianzas que nos apresuramos a hacer o de preguntas que no tardamos en plantear. Queremos que nuestra escuela sea la casa familiar donde el corazón se abra y se exterioricen los pensamientos. No impediremos el acceso a la escuela con un formulismo agotador que tan sólo es una parodia de disciplina.

Esto no quiere decir que seamos indiferentes a la limpieza y a los buenos modales de los que se preocupan también los padres inteligentes y dignos.

El equipo de limpieza ya está trabajando, quitando el polvo, limpiando la pizarra y encendiendo la estufa cuando es necesario. El responsable del tocadiscos hace sonar una canción o una pieza musical... si le parece bien. No lo imponemos como una norma, que podría provocar que disminuyera el valor de exaltación y de comunión de la música. No hacemos entrar a los alumnos cantando, como tampoco les damos una lección de moral para comenzar el día. Por poco que la clase responda a su objetivo verdadero, siempre hay suficiente ánimo por las mañanas en la naturaleza infantil. Nos basta con sentir este espíritu, captarlo, utilizarlo y explotarlo pedagógicamente. Más bien reservaremos la música, como en general todas las actividades artísticas, para los momentos de fatiga psíquica, cuando se experimenta la necesidad de descender al fondo de los individuos para potenciar que surjan virtualidades sintéticas.

El alumno responsable pasa revista de aseo. Los niños sucios o mal peinados pasan al lavabo de donde regresan deslumbrantes. (No se trata de un castigo.)

La entrada a clase puede ser más o menos animada y ruidosa. Depende de los días. Nos resulta más fecunda si es animada; es un signo de vitalidad, del que sacaremos provecho.

No somos rigurosos con las formas de la cortesía. Aquel niño se nos acerca, con prisas para hacernos partícipes de lo que ha descubierto cuando venía a la escuela, o de una novedad que quiere anunciarnos. Con su prisa, se olvida de darnos los buenos días; pero su confianza afectuosa ¿no es el más delicado de los saludos? Otro aporta un objeto para nuestro museo –una piedra, una planta, un objeto antiguo– o una revista ilustrada de la que sacaremos documentos para nuestro fichero. Una niña nos ofrece un espléndido ramo de flores, o el primer –el segundo será, pues el primero no pudo resistir el placer de saborearlo– par de cerezas.

A esta vida tan confiada, impaciente por exteriorizarse, nos guardaremos de rechazarla doctoralmente o con una muestra de desdén. Por el contrario, dejamos que llame con fuerza a las puertas de nuestra escuela, nos impregnamos de ella, para mejor empapar de ella a nuestra jornada, para que nuestro trabajo responda mejor a esas necesidades íntimas cuyo secreto nos confiesan los niños.

Si entre los que llegan hay algunos que permanecen mudos, serios y tristes, lejos de alegrarnos por ello nos preocuparemos y trataremos de conocer las razones profundas de tal anomalía. Muchos dramas obsesionantes se nos revelan de este modo. Su simple confesión puede decidir a veces la orientación de toda una vida.

Si alcanzamos esa camaradería, que puede elevarse a la dignidad de comunión, el niño que hasta ahora dejaba a la puerta de la escuela sus intereses dominantes, su afectividad y lo mejor de su vitalidad, permitiendo que tan sólo penetrara en ella la sombra vergonzosa y temerosa de sí mismo, ese niño entra ahora con pie firme en “su” escuela. Y la vida ambiente, compleja y sutil, también penetra con él.

Nos bastará entonces con responder a esas necesidades, satisfacer ese apetito, organizar y enriquecer esa vida que está ahí con todas sus inmensas virtualidades.

Nuestro programa pedagógico está trazado completamente de este modo.

Con frecuencia, sacamos partido inmediatamente de esta riqueza difusa para el primer trabajo colectivo que inicia nuestra jornada. El lunes hacemos excepción de esta regla pues hay entonces una tarea más urgente: organizar el trabajo y la vida para toda la semana.

En contra de algunos teóricos de la educación nueva, no pensamos que debemos dejar que los niños actúen exclusivamente según sus gustos y sus fantasías individuales. Sería engañarlos sobre la vida y suscitar un desequilibrio que les opondría antes o después a las exigencias del medio natural o social.

Desde su nacimiento, el niño está inmerso en un conjunto complejo y a menudo, por desgracia, tiránico, de obligaciones familiares y sociales que incluso dominan nuestra acción formativa. Nos equivocáramos si dejáramos al azar estas relaciones necesarias con el medio, ya que sería fracasar ante una exigencia elemental de nuestra función. Nuestro papel es el de adaptar al máximo la innegable relevancia de la personalidad humana a las necesidades de la vida en común, incluso cuando estas necesidades nos parecen faltas de lógica e irracionales. Estas necesidades *existen* y esa realidad no será indiferente para nuestro comportamiento pedagógico.

No nos contentaremos dejando que los niños se abran paso a codazos al azar de las circunstancias, de su fuerza o de su habilidad. Organizaremos minuciosamente la vida de la escuela, para que de esta organización surjan con naturalidad el equilibrio y la armonía que resuelvan beneficiosamente los problemas de disciplina.

Esta organización está condicionada por la posición previa de lo que hemos denominado los *recursos-barreras*: familia, naturaleza, sociedad, individualidades, que colocan sus barreras más o menos molestas, que no siempre podemos evitar retrocediendo ni saltarlas, y que al mismo tiempo pueden servir como apoyos, o ayudas que recojan más o menos favorablemente las peticiones que les dirija el individuo en dificultades.

Hasta hoy, no se dejaba de lado la función barrera que, por otra parte, sabe imponerse. Pero no se utilizaba la función compensatoria de recurso de ayuda. La escuela, encerrada en el seno de un mundo en movimiento cuyo dinamismo temía, no sabía sacar ningún provecho para su propia vida ni de la familia, ni de la sociedad, ni de otras individualidades, que no fueran el maestro. Los propios recursos a la naturaleza continuaban siendo tímidos e insuficientes. Nosotros trataremos de restablecer la armonía de esta doble función.

En la organización de nuestro trabajo prestaremos la máxima atención a las barreras: la escuela es como es; la clase no es bastante grande; la iluminación no siempre es perfecta. Estamos obligados a construir partiendo de estas realidades, y a oponer a ciertas emotivas veleidades un decisivo “¡Imposible!”, esperando por lo menos obtener, por medio de nuestros recursos, una mejora material que permita la realización de nuestros sueños.

La sociedad ha levantado igualmente sus barreras. Unas son de carácter general: los programas y los horarios a los que estamos obligados a amoldarnos. Otras son contingentes y locales: son las costumbres, las tradiciones, las opiniones, las exigencias de los padres o de los concejales. Continuaremos partiendo igualmente de estas realidades que, por lo demás, se compensan por las posibilidades de recurrir a ellas, las cuales intentaremos explotar.

Debemos facilitar la organización, dentro de este marco de recursos-barreras, rehusando al máximo las barreras, intensificando y sistematizando los recursos. La escuela tradicional había encontrado la solución al primer punto, gracias a las lecciones formales y al rígido empleo de los manuales. En cuanto a los recursos, ya lo hemos dicho, se reducían al mínimo para simplificar las cosas, pues la escuela tenía miedo esencialmente de lo múltiple y de lo complejo.

Necesitamos encontrar otra cosa para suplir esta forma y esta insuficiencia. Nuestro sistema de *planes de trabajo* nos va a aportar la solución práctica.

Hemos previsto:

1. *Planes generales anuales* que, bajo una forma nueva, están más o menos de acuerdo con las exigencias de los programas de nuestros cuatro cursos: preparatorio, elemental, medio y superior.

2. *Planes generales mensuales* para cada uno de los cursos.

Los maestros establecen estas dos categorías de planes.

3. *Planes individuales semanales* establecidos en el marco de las dos primeras series de planes.

Cada alumno recibe el lunes por la mañana una fórmula de plan de trabajo.

Veamos cómo los niños –con la colaboración del maestro– proceden a establecer estos *planes de trabajo*.

a) *Gramática*. Aparte de ciertos trabajos colectivos que explicaremos, los niños pueden perfeccionarse en el conocimiento formal de la gramática (necesidad impuesta por los programas más que pedagógicamente justificada) haciendo un cierto número de fichas de nuestros *ficheros de gramática*. Louis había llegado hasta la ficha 15. Anotará, por ejemplo, diez fichas, de la 15 a la 25.

b) *Cálculo*. Como explicaremos más adelante, reduciremos casi por completo la teoría. Ésta surgirá de la práctica: práctica del trabajo vivo, manual y social, y ejercicios formales realizados mediante los *ficheros de cálculo*.

Cada alumno apunta en su plan el número de fichas que se propone hacer, del fichero correspondiente a su clase. Ya que una de las ventajas del empleo de estos ficheros es que permite que los niños avancen a su paso y, en caso necesario, que quemén ligeramente etapas para adelantar.

c) *Redacción*. Para establecer una norma, hemos fijado en una media de tres los textos libres que deben hacerse en la semana. Pero en la práctica este número puede cambiar según la inspiración y la variedad de actividades posibles. Cuando se trata de los mayores, un texto cuidado y perfectamente realizado puede considerarse suficiente para la semana. Los textos efectuados en trabajo de equipo, a consecuencia de las observaciones o las experiencias susceptibles de interesar a los corresponsales, cuentan como textos libres.

d) *Para la historia, la geografía y las ciencias físicas y naturales* el profesor anota en la pizarra las diversas cuestiones que deben estudiarse.

Estas cuestiones se han anotado durante la semana precedente, a medida que surgían o se imponían ciertas curiosidades, cuestiones suscitadas por la actualidad y la correspondencia interescolar.

Además de estos temas accesorios, el docente prevé, en el marco de los planes de trabajo anual y mensual, el tema cuyo estudio se emprenderá de un modo más destacado.

De esta forma se sugieren cinco, seis, ocho temas de trabajo. Los niños, individualmente o por grupos, eligen su trabajo y lo escriben en su plan.

Todavía nos quedará por hacer –y no es lo más fácil– que este trabajo sea posible en la práctica mediante la preparación de los instrumentos, las técnicas, las fichas–guía, etc...

Durante la semana, y el sábado en el momento de corregir los planes, se efectúa un trabajo de síntesis con la participación directa del profesor.

e) El niño indica el título de la *conferencia* que prepara.

f) *Trabajo manual de base*. Indica en las casillas correspondientes los proyectos que se propone realizar, ya sea por iniciativa personal, o porque los haya elegido entre las numerosas posibilidades sugeridas en el curso de los trabajos precedentes e indicados en la agenda. (Véase pág. 84.)

El establecimiento de este plan de trabajo es, sin duda, bastante delicado. Sin embargo, lo es mucho menos de lo que se cree a primera vista, pues durante la semana anterior cada alumno ha medido sus fuerzas por así decirlo; han aparecido centros de interés entre los cuales algunos niños han elegido de antemano, y el resto basta distribuirlo para que todos se pongan manos a la obra.

Lo esencial, por una parte, es haber preparado seriamente los planes de trabajo generales; por otra parte, poseer los instrumentos nuevos adecuados a esta forma de trabajo. Estos instrumentos son esencialmente:

- los ficheros autocorrectivos de cálculo y de gramática;
- el fichero documental;
- el diccionario–índice;
- la biblioteca de trabajo.

De esta manera, los planes de trabajo se establecen casi de forma automática. Basta con cuidar, no que el alumno reduzca maliciosamente su amplitud, como alguien podría suponer, sino por el contrario que no sobreestime sus capacidades y su fuerza. Nos beneficiamos, en efecto, de una tendencia que, por otra parte, no es peculiar de los niños. Cuando volvemos de vacaciones, nosotros también hacemos proyectos para el año que comienza que, en la práctica, siempre resultan ser exagerados. Si salimos de vacaciones por una semana, nos llevamos el triple de libros y de carpetas de lo que podremos examinar. El niño procede igual: es amplio y generoso en la estimación de sus posibilidades, y nosotros nos beneficiamos de esta disposición favorable, aunque convendrá evitar los excesos, pues el niño o bien se agotaría o bien tendría la sensación desastrosa de impotencia y fracaso, ambas cosas esencialmente perjudiciales para la obra educativa.

Hemos mencionado antes, a propósito de las escuelas maternas, las ventajas irrefutables de esta técnica de planes de trabajo que, mucho antes de penetrar en la escuela, ha demostrado su superioridad en el ámbito industrial o agrícola, hasta regir toda actividad económica de los grandes estados contemporáneos.

Resumamos estas consideraciones:

– El niño –y el hombre se le parece sorprendentemente desde este punto de vista– se encuentra ante el problema escolar como ante un jardín uniforme, excesivamente grande y monótono que debe cultivar. La inmensidad le desanima de antemano, Dividir el campo en parcelas, a la medida de las posibilidades diarias, es simplificar y familiarizar la tarea. Lo mismo pasa en la escuela: la delimitación precisa del trabajo que hay que realizar reafirma y anima al niño.

– A condición de que haya establecido él mismo su plan de trabajo (con ayuda del educador o de sus compañeros) en el marco de ciertas necesidades cuya urgencia comprende o admite, el niño pondrá su empeño en terminarlo. No conseguirlo sería un grave fracaso en el que no quiere incurrir.

– El plan de trabajo da al niño una cierta autonomía en el empleo de su jornada. Con el plan de trabajo, el escolar quiere ir rápido, siempre más deprisa, lo cual no es forzosamente contrario a la calidad. Quiere superarse, porque está en su naturaleza. Uno de los errores más graves de la escuela actual es quizá no haberlo tenido en cuenta. Los niños de nuestras escuelas trabajan con rapidez. Es una conquista que tiene su valor.

Pero la técnica sólo da resultado si el maestro, por su lado, entra en juego y respeta íntegramente el contrato regular que representa el plan. Si el niño que ha terminado su plan el viernes quiere pasar el sábado leyendo, o jugando, no debemos contradecirle. Sería injusto y torpe.

En una clase ideal, que funcionara entre un conjunto de recursos–barrera claramente favorables, esta técnica de planes de trabajo individuales en el marco de los planes generales podría y debería regir toda la actividad escolar. Pero serían necesarias condiciones de trabajo a las que todavía no podemos aspirar: dimensiones y ordenación de los locales, número óptimo de alumnos y, sobre todo, la perfección del material utilizado.

Para remediar esta imperfección, de la que somos plenamente conscientes, hemos adoptado una especie de solución mixta: durante la jornada, reservamos a uno o varios cursos algunas horas de trabajo en común y más o menos formalista, que tratamos de ligar lo más posible a la actividad general de la clase. La

parte que se dedique a este trabajo común será tanto mayor cuanto más imperfecta o insuficiente sea la revolución pedagógica que preconizamos.

No olvidemos, por último, que el individuo trabaja en función de la comunidad, y que esta comunidad tiene que conocer las realizaciones individuales, de los equipos y de los grupos.

El texto impreso y el complejo de intereses

Nuestro trabajo está pues delimitado para la semana. Fijamos los planes sobre una larga tira de contrachapado colocada en la pared norte, bajo los casilleros para libros, y lo bastante baja como para que todos puedan, a medida que avanza el trabajo, colorear la casilla correspondiente a la tarea efectuada. Durante la semana, una ojeada del maestro al conjunto de estos planes le permite darse cuenta, casi instantáneamente, del progreso de las tareas para así estimular a los que, como la liebre de la fábula, esperan que sea demasiado tarde para tomar la salida.

Esta preparación nos ha requerido una media hora que hoy descontará del tiempo libre de los alumnos. Son las 8:30. La clase empieza ahora, del mismo modo en que comienza a las 8:00 los días siguientes.

Pasamos inmediatamente a uno de los trabajos comunes que constituyen, por así decirlo, el centro de la vida de nuestra escuela: *el texto impreso*.

Hoy se conocen los principios de esta técnica: los alumnos leen los textos que han escrito libremente, individualmente o por grupos, en la escuela o en casa. Se vota a continuación para decidir cuál es el que disfrutará de los honores de la imprenta.

Si la escuela fuera perfecta, iría triunfalmente hacia la vida y se realizaría en el propio seno de esta vida. Se extendería también al trabajo y la vida del pastor, del labrador, del artesano, del obrero, junto a las condiciones cambiantes de la naturaleza, reduciendo la actividad en los talleres de la escuela a la parte de trabajo que no podría realizarse prácticamente dentro de la misma vida.

Estamos obligados, de buen o mal grado, a medir nuestras pretensiones. La vida de la escuela tendrá unas fuentes triples: primeramente, las sesiones de trabajo en el huerto, excepcionales a pesar de todo, de participación eficaz en la vida exterior mediante alguna actividad social, con los paseos y las visitas organizadas. Por otro lado la realización en los talleres e la escuela, con la colaboración de obreros y artesanos, con una atmósfera de trabajo, al menos muy próxima a la realidad exterior.

Pero como estos dos medios no agotarían todavía la riqueza de esta participación de la escuela en la vida del medio, recurriremos a un artificio: el conocimiento sensible, experimental o formal de este medio a través de los ecos que los propios niños nos aporten, bien a consecuencia de encuestas sistemáticas, o simplemente por los relatos vivos y diversos que serán expresión de esa vida.

Vamos a tratar esta complejidad, concebida bajo estas tres formas esenciales. La imprenta en la escuela, al permitirnos suscitar, fijar, ampliar, explotar y difundir esta impregnación total de la escuela mediante estas tres formas de trabajo, justificará el lugar central que ha conquistado rápidamente entre las técnicas escolares más vivificantes.

¿Cómo se realizará esta conjunción?

Ciertamente podría presentarse a los niños, en los diversos talleres, un plan de actividad preparado de antemano sobre bases racionales y científicamente establecidas. Una semana se construirían ciertos objetos en un taller determinado, se imprimirían los textos relativos a temas definidos que se completarían mediante ciertas investigaciones precisas en los ficheros o mediante tales encuestas fuera de la escuela. Éste sería un progreso indiscutible sobre la antigua escuela dogmática y pasiva, en una atmósfera de orden y lógica formales capaces de satisfacer a ciertos espíritus a quienes la vida espanta y deja atrás. Pero no alcanzaríamos todavía esa conjunción psíquica que eleva la cultura de la armonía del trabajo, que liga orgánica y sistemáticamente la adquisición y la construcción escolar a la realización vigorosa de las personalidades.

Podrá considerarse que esta distinción es sólo aparente: casi nada la justifica; pero este casi nada lo es todo: es la sutileza y el esplendor de la vida. Quien logre alcanzar esa conjunción con plenitud dispondrá del método pedagógico más capaz para responder a los fines verdaderos de la educación.

Se dirá que, en suma, se trata del método de los *centros de interés*.

Sí, en el fondo es eso. Y podríamos decir que nosotros somos los que tenemos técnicamente capacidad para realizar el verdadero método de los centros de interés. Por este motivo, además, nos separamos totalmente de la forma escolástica que la pedagogía ha dado a este método desde DECROLY. Sin medios técnicos suficientes para responder a la complejidad original de los intereses infantiles, nos limitamos a una concentración más o menos arbitraria en torno a ciertas tendencias dominantes. Como esos almacenes

que limitan su actividad a un número reducido de artículos, puesto que no tienen espacio suficiente, ni en las secciones especiales, para responder a las necesidades exageradamente fantasiosas de su clientela. Pero, por lo menos, el comprador tiene el recurso de marcharse para ir a buscar en otra parte el objeto que siente necesidad de poseer. Mientras que el niño en la escuela se ve forzado a contentarse con el artículo parecido que le ofrecen. “Esto es mejor que nada”, le dirán a modo de consuelo. Pero el niño no se conforma con estas soluciones a medias que a veces traicionan la vida en vez de servirla.

Más que de *centros de intereses*, hablaremos de *complejos de intereses*. Nuestra escuela del trabajo se encuentra en el centro de la vida, y está condicionada por los móviles, múltiples y diversos, de esta vida. A los niños les toca escoger, de entre nuestros departamentos, los artículos que más les convienen.

Que este *complejo de intereses* sea superior a los *centros* más o menos lógicos, nadie lo dudará. Lo que hasta hoy ha impedido pasar del formalismo del uno a la realidad viviente del otro es sólo una cuestión de técnica, como ocurre con el almacén. Si nosotros resolviéramos esta cuestión –y creemos haberlo logrado– habríamos dado pedagógicamente un paso importante en la vía de la educación funcional.

Vamos a intentar familiarizar a nuestros lectores con este nuevo *complejo de intereses*.

Mediante la práctica de la imprenta estamos a la escucha de los verdaderos intereses dominantes. Sin embargo, nos abstendremos muy bien de otorgar una especie de investidura escolástica a los únicos intereses que ha revelado el texto diario, que reduciría en seguida, más o menos arbitrariamente, al complejo. Durante los trabajos de investigación que acompañarán a este texto, no dejaremos de exteriorizar y expresar las demás necesidades más o menos relacionadas con el interés inicial.

Detectaremos, por así decir, la dirección compleja según la cual se orienta la verdadera vida de los niños. Nuestra tarea pedagógica consistirá en ayudarles al máximo para la realización manual, artística y psíquica de sus potencialidades dominantes.

Así pues, los niños han leído sus textos. Han escrito los títulos en la pizarra. Luego han realizado una votación. Y han elegido el texto que incluimos a continuación.

EL REMOJÓN

Anteayer, René, Pedro y yo, regábamos el huerto.

Después de haber regado, dijimos:

–¿Y si jugáramos un poco con las mangueras? René hablaba por dos mangueras a la vez. Las mangueras estaban llenas de agua. Pedro escuchaba por el otro extremo. René sopló y Pedro se quedó con la cara mojada.

Yo escucho a mi vez: un chorro de agua me inunda la cara.

René pone la manguera en el grifo. Me dice:

–¡Tapa el otro extremo!

Casi no podía taparlo con la mano. De repente el agua me empapa. Estaba completamente mojado y enfadado. Yo quería también mojar a René. Soplo por la goma pero, por desgracia, sale el agua otra vez por mi lado y me empapa por segunda vez.

¡Qué risa!

ANDRÉ

Hemos señalado en diversas publicaciones nuestras las ventajas pedagógicas de la redacción libre y espontánea, motivada por la imprenta, el periódico escolar y los intercambios escolares; las virtudes de la elección hecha por los propios niños, de la preparación en común de las cosas, de esta especie de exaltación y liberación psíquica que suscitan la toma en consideración de un pensamiento infantil, su transcripción en caracteres impresos, su ilustración y su difusión.

No insistiremos más en estos puntos, remitiendo al lector a las publicaciones especiales, que le proporcionarán todas las indicaciones psicológicas, pedagógicas y técnicas.

Podemos considerar el texto elegido bajo su forma, digamos, “literaria” y hacerlo seguir de un estudio más o menos formal de la sintaxis y de la gramática. Podemos considerarlo bajo su forma “artística”, cuidando especialmente su presentación e ilustración.

No descuidaremos ninguna de estas posibilidades. Pero queremos llegar más lejos y más al fondo, ver lo que este texto nos aporta de vida, estudiar las revelaciones que nos haga de las necesidades, tendencias, intereses dominantes de los niños, en este momento dado, a fin de orientar, en consecuencia, toda la actividad de la clase.

Si la clase ha preferido este texto a otros que quizá tenían virtudes literarias y artísticas superiores, es que éste contiene elementos particulares que han hecho que se impusiera. Son estos elementos indefinibles los que debemos detectar y explotan

Sin ninguna idea preconcebida nos ponemos a buscar con los alumnos. Nuestro tema puede relacionarse con dos necesidades dominantes:

1. Actividad de cultivador.
2. Dominar la naturaleza.

Frente a cada uno de estos temas hallamos:

- a) los *trabajos-juego posibles*: vasos comunicantes, bombas, jeringa;
- b) los *juegos-trabajo complementarios* que puedan proponerse, principalmente a los cursos más bajos: bombardas, jeringa, cantos, adivinanzas y refranes;
- c) los *conocimientos*: las hortalizas, el riego, la historia de la irrigación, la bomba de agua, la bomba contra incendios;
- d) la *lista de los resúmenes correspondientes*, cuya utilización veremos más adelante.

A la luz de esta guía y de las indicaciones que nos proporcione, examinamos nuestro complejo.

- ¿Por qué quería René hablar por las mangueras? Reminiscencias, sin duda, del famoso teléfono por hilo. ¿Y si construyéramos uno para examinarlo? Estudiaremos así las diferencias de transmisión del sonido en el aire, a través de tubos y por hilo. Pueden ser experimentos de transmisión del sonido. Anotemos en la pizarra estas posibilidades.
- ¿Por qué al soplar René ha mojado a Pedro? Presión del aire, presión del agua, principio de la bomba... ¿Y si fabricáramos una bombardas de saúco y una verdadera bomba? Tomad nota.
- ¿Por qué el agua tiene presión cuando la manguera está conectada al grifo? Vasos comunicantes. Distribución del agua en las casas.
- Los niños habían regado las hortalizas... ¿Por qué se riega? Aquí regáis con una manguera, ¿hace mucho que se riega así? Encuesta sobre la irrigación a través de los tiempos...

Estamos ahora en posesión de un cierto número de posibilidades interesantes. No nos amedrentamos ni por su cuantía ni por su diversidad. Pero elegimos. Elegimos en función de las necesidades de los programas, concretados en nuestros planes de trabajo mensual, y de los intereses dominantes de los niños. No es precisa una gran habilidad técnica para lograr esta conjunción en condiciones satisfactorias.

Nuestros proyectos se escriben en la pizarra:

Trabajos de taller	Actividades intelectuales
Fabricación de bombardas (traer saúco).	Búsqueda en el fichero de los documentos sobre el
Bomba (buscar cilindros).	riego a través de los tiempos.
Teléfono de hilo y experimento de la velocidad del	Descubrimiento de la presión del agua y del aire.
sonido.	El teléfono y el telégrafo a través de los tiempos.
Experimento de vasos comunicantes y sus	
aplicaciones.	

Aquí tenemos siete series de trabajos que los niños deben repartirse. Procedamos rápidamente a este reparto. Si alguno de los temas no agrada a nadie, en vez de imponerlo lo dejaremos por hoy Seguro que se presentarán ocasiones más favorables.

Estos trabajos se deben ejecutar durante la jornada escolar, para poder informar de ellos al final de la tarde. Pueden hacerse individualmente o por grupos. Todo depende de los individuos, del tema de estudio y de ciertas condiciones de trabajo que sería un error violentar para imponer cualquiera de estas técnicas. Este trabajo se completará con un breve informe en el *cuaderno de observaciones y experiencias* (los trabajos manuales podrán distribuirse y realizarse en varios días si es necesario).

El hecho de profundizar en los temas que se ofrecen a nuestra curiosidad no impedirá naturalmente que algunos alumnos se apasionen por el estudio más completo de uno de estos capítulos, que se convertirá en el tema de una conferencia.

Ya se ve como ampliamos, lo mismo que la vida, nuestro complejo de intereses.

Pero además de los elementos suscitados por el texto diario, otras olas han venido a romperse en las paredes de nuestra clase: como los textos que no se han elegido para imprimir, y sin embargo algunos de ellos presentan partes interesantes dignas de tenerse en cuenta. Un acontecimiento que merecería anotarse... una observación histórica que haríamos mal si no la considerásemos... una pregunta que convendría plantear a nuestros corresponsales... Y tantas otras posibilidades de trabajo que se ofrecen. Si no es urgente, nos contentaremos con apuntar estas posibilidades en nuestra agenda. Nos basta con nuestra riqueza actual. Si, por el contrario, nuestro tema hubiera despertado menos ecos, suscitado menos ocasiones de trabajo, entonces habiésemos recurrido a este interés complementario. Y si, incluso a pesar de esta abundancia,

vemos que un alumno o un grupo de alumnos se interesa particularmente por uno de estos temas complementarios, lo agregamos a nuestra lista. Si no es así, dejaremos estos temas en reserva.

Hagamos de paso algunos comentarios sobre esta agenda. Según nosotros, es una pieza esencial de nuestra escuela actual, tan indispensable como podría ser sobre el escritorio del director de una fábrica.

Se trata de una de estas bonitas agendas con una página entera para cada día del año. Pero también puede confeccionarse con hojas de tamaño cuartilla (13,5 x 21 cm) dentro de un cuaderno de anillas, siguiendo el principio de nuestros libros de vida escolar (si no se dispone de esto, puede bastar con un cuaderno).

En esta página diaria anotamos:

- los temas que merecen ser estudiados, especialmente en grupo;
- las sugerencias de ciertos trabajos de taller;
- los proyectos que han parecido interesantes;
- deberíamos visitar a tal artesano;
- los mayores deberían construir tal objeto en contrachapado;
- podríamos pedir al señor X que venga a explicarnos determinada manera de hacer algo que conoce muy bien.

Estas anotaciones, estos proyectos, se examinan el sábado por la tarde o el lunes por la mañana y podrán tener su lugar junto con los demás intereses, en los planes de trabajo.

Pero nosotros también utilizamos esta agenda de otra forma, de la que hablaremos con más detalle. Los alumnos anotan libremente en la página diaria las preguntas que se plantean interiormente, cuya explicación les gustaría mucho conocer. Ya veremos lo que podemos hacer con estos interrogantes. Tengamos en cuenta también que esta práctica nos permite satisfacer la curiosidad instintiva de los niños sin que, sin embargo, sus ¿por qué? y sus ¿cómo? perturben la vida de la clase. “¡Anótalo en la agenda!”...

En todos los terrenos, como podéis ver, hay prospecciones, proyectos, posibilidades de trabajo, bastándonos escoger entre ellos.

Esta prospección metódica es uno de los elementos esenciales de la nueva vida de la clase. No es sólo una garantía de adaptación máxima, sino también un estimulante permanente de la curiosidad infantil, curiosidad que es el primer peldaño del conocimiento y de la ciencia, sin el cual los conocimientos y las ciencias no serían más que un formalismo superficial.

Nuestro complejo de intereses está fundamentado sólidamente, y se puede reconocer su validez psicológica y pedagógica.

Sin duda, lo más delicado que queda por hacer es desarrollar ahora este complejo. Hemos planteado el enunciado del problema. Nos falta resolverlo.

La escuela tradicional afirmaba la imposibilidad de una solución práctica. También, recomendaba evitar y esquivar este complejo. Y lo hacía cerrando prudentemente las puertas de la escuela a la vida ambiente, reprimiendo la necesidad de expresión del niño, limitando la actividad –ya fuera manual o intelectual– a los únicos problemas, más o menos arbitrariamente esquematizados, cuya solución tenía por anticipado.

De este modo, no existía ni el tanteo ni el azar.

La autoridad y la disciplina estaban a salvo... aunque la vida se viera afectada irremediadamente.

Si nosotros podemos abordar estos complejos es que hemos preparado, previamente, los medios para desarrollarlos y vivirlos.

Contrariamente a los mercaderes que, por impotencia técnica, habían limitado la diversidad de artículos, los almacenes modernos han ensanchado las puertas y los escaparates, aumentado las salas, dispuesto las zonas de pasos, instalado departamentos y montacargas, previsto las clasificaciones, el aprovisionamiento y el control. Ofrecen a los clientes toda la gama de posibilidades entre las que cada uno elige lo que le interesa. Basta con que el cliente no se deje deslumbrar por esta complejidad y que evite quedar atrapado en la superficialidad y el mariposeo.

Nosotros también hemos procedido a una nueva disposición material de nuestra clase; hemos creado los instrumentos nuevos, hemos previsto el aprovisionamiento, la clasificación y el control. Seguro que tendremos éxito.

¿Cómo se sigue en nuestra clase la explotación pedagógica de este complejo de intereses?

Este trabajo de lecturas de textos, de preparación en la pizarra, de estudio previo de intereses y de reparto de tareas, ha requerido de treinta a cuarenta minutos: son las 9:00 o las 9:10. Los demás días de la semana este trabajo habrá terminado a las 8:30 u 8:40. (Depende de la abundancia de textos, de la riqueza que nos aporten, de la diversidad de la prospección.) Sacamos del texto que se elige el mayor provecho pedagógico: análisis sintáctico, lenguaje, caza de palabras, conjugaciones, etcétera.

Ahora ya nos encontramos realmente en faena. Son las 9:15. Los demás días serán las 8:45.

Siguiendo unos turnos que se apuntan en una pizarra especial, se designan los cajistas que deben componer el texto, señalando a cada uno el trozo exacto que le corresponde. En un rincón de la pizarra hemos apuntado las tareas diarias especiales, con los encargados de realizarlas, que han resultado de nuestro estudio consecutivo del texto. Por el momento, el trabajo común ha terminado. Individualmente o por grupos se van a sus quehaceres particulares, no precisamente, como vemos, según la fantasía de cada uno, sino según unas indicaciones determinadas que han recibido o que implican sus respectivos planes de trabajo.

En la exposición de nuestra técnica, recomendamos que se copie el texto diario en el cuaderno, ilustrándolo. Es ésta una práctica excelente desde el punto de vista escolar propiamente dicho: el niño se acostumbra a reflexionar y a revivir, en cierta medida, el texto diario, a cuidar su caligrafía, a ilustrarlo con dibujos sugerentes. La copia de las frases y palabras cuya creación y puesta a punto ha presenciado, que ha aprendido a descortezar gramatical y lógicamente, no deja de tener sus ventajas. Sin embargo, a partir de un cierto grado, cuando el dominio de la lengua está lo bastante desarrollado, esta copia no es más que un deber escolar, que se liquida lo más apresuradamente posible, siendo inútil, por tanto, mantener dicha práctica.

Los cursos preparatorio, elemental y medio copian e ilustran el texto. Este trabajo es facultativo para los demás alumnos que, en nuestra opinión, tienen mejores cosas que hacer.

Hasta el momento, no hemos marcado divisiones. Este trabajo de expresión vital y de prospección es válido para todos, pequeños y grandes. En la distribución de las tareas, es suficiente con designar a cada uno lo que corresponde a sus aptitudes; además, los principiantes pueden agruparse con los alumnos mayores en ciertos trabajos e investigaciones. La práctica nos ha mostrado que los alumnos de los cursos preparatorio y elemental se interesan por la selección y la redacción de textos que forman parte de su vida común.

En ciertos casos excepcionales, en que los textos son demasiado difíciles para ellos, los alumnos de estos dos cursos hacen un dibujo libre en el cuaderno para empezar el día. Cuando el trabajo se ha distribuido a los demás cursos, me consagro a ellos: lectura de textos libres, redacción de un texto en común, caza de palabras, gramática, prospección como en los demás cursos, composición en la imprenta, alternativamente con el cuerpo 24 de los más pequeños y el cuerpo 12 del curso elemental, copia e ilustración del texto, impresión de la tirada por la tarde, para ir preparando un periódico especial para estos dos cursos: *Edición de los más pequeños*.

Durante este tiempo, dos secciones de mayores han comenzado su trabajo. Estamos totalmente libres para ocuparnos de los pequeños, según las técnicas previstas para las escuelas maternas. (En ciertos casos puede considerarse la ayuda de un monitor.)

El trabajo colectivo con los cursos elemental y preparatorio ha terminado ya: unos copian, otros ilustran, otros componen unas líneas. Unos se han ido en seguida a comenzar su trabajo de fichas, reservándose la posibilidad de volver al trabajo escrito en la pizarra después de distraerse un rato; otros copian la lista de palabras establecidas en común o conjugan un verbo cuyo empleo ha surgido en el texto. Cada uno sabe lo que tiene que hacer y el tiempo de que dispone: con esto es suficiente.

La escuela en funcionamiento

Ya tenemos ahora nuestra fábrica funcionando: orden, profundidad, aplicación natural, concentración, disciplina dentro de la complejidad al servicio del interés y del trabajo funcional.

Pero esta prospección, esta organización muy avanzada del trabajo de cada uno en el seno de la actividad colectiva, no son más que un aspecto primordial de la nueva técnica escolar. Todavía falta ahora que estos niños puedan realizar su tarea sin demasiados errores, sin tanteos excesivos y con una posibilidad de éxito suficiente que justifique su ánimo y mantenga su entusiasmo.

Este primer aspecto de nuestra técnica estaría sin duda al alcance de todas las escuelas, por tradicionales que fueran. Podéis mostrar a un sencillo artesano de pueblo el proyecto de un trabajo que le interese y que comprenda, y para el que se sienta con suficientes aptitudes. Pero si no dispone luego de la instalación y las herramientas necesarias, estará tanteando inútilmente, e intentará suplir con su buena voluntad y habilidad la indigencia técnica. A pesar de todo, fracasará lamentablemente, y nunca recobrará confianza en sí mismo y el entusiasmo.

Si para realizar las tareas que hemos previsto, la escuela dispusiese sólo de los útiles tradicionales, es decir, el cuaderno y la pluma, los deberes y los manuales, sería tan incapaz como el carpintero demasiado idealista. Nuestra preocupación esencial, sin la cual nuestros complejos sólo existirían sobre el papel, es que *nosotros nos hemos dedicado anticipadamente a hacer posible el trabajo efectivo de los niños. Todo nuestro sistema educativo se apoya en esta base material y técnica.*

Si no tenéis un material de imprenta que responda con suficiente perfección a los fines requeridos, no se puede pensar en redactar un libro de vida y difundir un periódico escolar (si bien el limógrafo puede suplir la imprenta hasta cierto punto). Os guste o no, tendréis que continuar en la Edad Media de la escuela, siendo el único progreso que la pluma de ave ha sido sustituida por la de acero o el bolígrafo.

Si no disponéis de una biblioteca de trabajo, ni tenéis un fichero lo bastante rico como para que permita a los alumnos encontrar rápidamente los documentos relativos a los temas de estudio, es superfluo lanzarse a desarrollar nuestro complejo. Los alumnos se desanimarían ante su impotencia técnica; vosotros os pondríais nerviosos con ellos; en definitiva, desarrollaríais una muy mala labor.

Más os vale manteneros en la práctica del manual escolar; o probar los centros de interés, aunque para su realización esta impotencia técnica también será un obstáculo que los iniciadores del método han subestimado demasiado.

Si no disponéis de buenos útiles especiales, no tratéis de hacer grabar el linóleo; no intentéis tampoco cortar el contrachapado si no disponéis de las herramientas indispensables. Si no tenéis un mínimo de instrumentos para la carpintería, la herrería o la mecánica, es peligroso lanzar a los niños a empresas en las que normalmente no podrán triunfar. Es como señalar a unos voluntarios la tarea de cavar el huerto sin disponer siquiera de azada ni de azadón; o como si esperáis que los mayores, sin material suficiente y lo bastante adaptado, hagan experimentos químicos o físicos, demostrativos o instructivos. Valdría más volver, sin pensarlo dos veces, a la explicación estrictamente verbal del manual, que al menos, mientras esperáis mejores tiempos, os dará la ilusión de la ciencia, servida por un método tranquilizador aunque falaz.

Expresamente insistimos en estas realidades cuya trascendencia comprenderán quienes las practican. Se trata de un cambio total de todo nuestro sistema educativo, basado en la realidad material. Al finalizar este libro os descubriremos el secreto. No os diremos jamás: “Poned en práctica el método del libro de texto”, sino: “Procuraos el material de imprenta en la escuela, o en su defecto un limógrafo, con los accesorios indispensables. Entonces orientaréis la educación hacia las actividades que posibilitan estos instrumentos, para las cuales os daremos todas las instrucciones”.

Tampoco diremos: “Practicad la prospección vivaz mediante el método de *complejos de intereses*”, sino: “Constituid una *biblioteca de trabajo* nutrida; formad y desarrollad vuestro fichero; organizad paseos y visitas; mantened al día vuestro *diccionario-índice*. Entonces romperéis naturalmente el marco formal y sin vida de las técnicas escolásticas y anticuadas”.

Tampoco diremos: “Haced las ciencias interesantes a base exclusivamente de documentación y experimentos”, sino: “Organizad vuestros talleres de investigación y documentación, procuraos el material indispensable, que pueda ser manejado por los niños. La nueva técnica, la única técnica científica racional destronará para siempre vuestros manuales llenos de palabrería y abstractos”.

Tampoco diremos: “Haced trabajos manuales”, sino: “Organizad metódicamente vuestros talleres. Entonces veréis con qué ingenio vuestros alumnos manejarán los útiles que les hayáis preparado para la realización eficaz de sus deseos creadores, para la materialización de sus tendencias funcionales”.

La eficacia intelectual, moral, social, de vuestra educación no está condicionada exclusivamente, como se ha querido hacernos creer durante demasiado tiempo, por la personalidad del educador o el valor mágico de un método. Está en función del material empleado, de la perfección de este material y de la organización técnica del trabajo.

Si vuestra imprenta funciona mal o de modo mediocre, el resultado será insuficiente y no satisfará a los niños, que se fatigarán y estarán nerviosos. Os veréis obligados a intervenir, sin éxito algunas veces. Durante ese tiempo dejaréis abandonadas otras labores indispensables. Nerviosismo, desorden, deficiencia.

Si vuestro fichero es demasiado rudimentario todavía, o está mal clasificado, los alumnos no logran encontrar las informaciones que necesitan para que los trabajos previstos no sean una labor de eruditos, más allá de sus posibilidades. Más fatiga, nerviosismo, disputas, desorden, pérdida de tiempo de los alumnos y maestros.

Nosotros, que hemos vivido el penoso período de los tanteos, sabemos por ejemplo toda la importancia que tiene para nuestra práctica del *libro de vida impreso* este detalle aparentemente trivial: el sistema de encuadernación, y todo el alivio que hemos experimentado cuando hemos tenido al fin a nuestra disposición una encuadernación práctica y sencilla.

Lo mismo ocurre con todos nuestros trabajos. Sin olvidar que va a un fracaso irremediable el almacén que pretende lanzarse a una complejidad de artículos, si no ha previsto las bases materiales para triunfar: está mal surtido con artículos de calidad dudosa, los vendedores buscan en vano en el desorden de las estanterías insuficientes, se pierde dinero en exceso por falta de cajas registradoras. También hay desorden, irritación de los dependientes, rabetas inútiles de los jefes de departamento, descontento de los clientes, deficiencia general catastrófica.

Además, por este aspecto de la organización material y técnica de la clase, nosotros resolvemos el problema de la disciplina. Un hecho es hoy psicológicamente cierto: si el niño puede entregarse a lo que hemos denominado los “*trabajos-juegos funcionales*”; si su actividad satisface su curiosidad, su necesidad de poder, de dominación y equilibrio, todos los engranajes de nuestra máquina funcionarán con suavidad, sin graves tropiezos. Si se detiene, es que algo no ha funcionado o ha funcionado mal. Reduzcamos al mínimo estos posibles inconvenientes y ya sólo tendremos que lamentar algunos malentendidos fruto del desequilibrio enfermizo de los niños que, normalmente, tendrían necesidad de más aire puro, alimentación sana y cuidados fisiológicos, en vez de obligaciones escolares.

En todas estas consideraciones, la parte de competencia técnica y de habilidad pedagógica del profesor –sin ser despreciable– es considerablemente reducida. La escuela tradicional exige demasiado al maestro, exceptuando –y esto es lo más grave– el campo de la técnica, que desde el punto de vista de las cualidades personales y psíquicas no depende siempre de que él las posea o las adquiera; calma, rectitud, autoridad personal, intuición, paciencia, dominio de sí mismo, abnegación, abnegación... y amor. Como los maestros son hombres, que por tanto no poseen sino muy excepcionalmente todas estas cualidades que se juzgan esenciales, todo el sistema pedagógico se derrumba. Los maestros, impotentes, se cansan, contentándose al final con instalarse en la práctica de una rutina corriente, como un mal menor.

Como nosotros queremos construir efectiva y sólidamente a partir de la realidad, buscamos los instrumentos y las técnicas, una organización que permita los máximos resultados educativos con maestros que no sean seres humanos excepcionales: es decir, que puedan perder su calma en muchas circunstancias, que no siempre tengan bastante paciencia, ni sean de una habilidad notable, que ciertamente sepan consagrarse a la enseñanza, aunque sean incapaces, la mayoría de las veces, de alcanzar la compenetración y el afecto. No estamos trazando un cuadro peyorativo de los educadores actuales, sino que tratamos de colocarnos frente a la realidad. Los seres excepcionales, cuya brillantez no subestimamos, obtendrán todavía mejores resultados. Pero habremos cesado de hacer cálculos a base de lo excepcional y de lo hipotético, para situar la técnica pedagógica en la verdadera medida del hombre.

Con este objetivo frente al que la gran masa de maestros no puede quedar indiferente, nosotros hemos cambiado los términos del problema; preparamos el marco, un material, una técnica de empleo, una organización de trabajo, que permitan que los niños se realicen lo más posible por poco que les ayude el maestro, siempre que él no les moleste mientras están ocupados en sus ensayos por tanteo y en sus investigaciones.

La medicina contemporánea se identifica cada día más con la importancia determinante del ambiente en la vida, la evolución y los accidentes de los individuos. A la preparación de este medio pedagógico funcional nos hemos dedicado. Por encima de los verbalismos teóricos, el éxito de nuestras realizaciones nos asegura el alcance decisivo de la nueva orientación que hemos establecido.

En tiempo normal –excepto el lunes– la preparación del texto, seguida de la prospección para la preparación y distribución del complejo, nos ha llevado hasta las 8:40 más o menos. Mientras las dos secciones de los mayores empezaban su trabajo libre, yo me he ocupado más directamente de los cursos preparatorio y elemental. La preparación y la explotación del texto han requerido otra media hora, llevándonos hasta las 9:10.

¿Cuál es en este momento la fisonomía de nuestra escuela?:

- Cinco alumnos mayores componen con la caja de tipos del cuerpo 10.
- Cuatro alumnos de los cursos preparatorio y elemental componen el texto de los pequeños con la caja de tipos del cuerpo 12 o del 24; o a veces, con los dos combinados.
- La mayoría de los alumnos de los cursos preparatorio y elemental copian el texto o ejecutan las tareas complementarias que hemos extraído de él.
- Dos alumnos del curso medio preparan un proyecto para hacer un grabado en linóleo susceptible de ilustrar el texto del día.
- El responsable del fichero extrae de los clasificadores, con el visto bueno de los alumnos que han sido encargados de este trabajo, los documentos para estudiar los temas del complejo.
- Joseph tiene que dar una conferencia esta tarde: *La calefacción a través de los tiempos*. En un rincón de la mesa, tras un montón de libros y de fichas, serio como un académico, está a punto de dar la última mano a la redacción definitiva de su conferencia. Se está dando prisa, pues todavía quiere pasar el texto a máquina y exponer, antes del mediodía, en unos tableros especiales, los documentos que los alumnos consultarán para conocer, anticipadamente, los elementos objetivos de la conferencia.
- Dos alumnos han ido al pueblo. Van a sacar información de las fachadas de las casas antiguas sobre los escudos, fechas e inscripciones que necesitan para un trabajo que preparan.

- Otros se afanan alrededor de las fichas autocorrectivas.

El trabajo manual propiamente dicho se deja con preferencia para la tarde. Sin embargo, nada se opone a que, los alumnos que lo deseen, vayan a su taller para comenzar o continuar el trabajo que les interesa o que han anotado en su plan de trabajo.

¿Qué hace el maestro en todo eso? Por el momento hace leer el texto de la pizarra a los alumnos de los dos primeros cursos que no dominan suficientemente aún el mecanismo de la lectura. A continuación ayuda a los equipos o a los individuos en su trabajo. Hemos dicho: *ayuda*, y no controla, amenaza, sermonea, castiga. Vigila y comprueba el trabajo en la imprenta, ayuda un instante a componer a un principiante que pasa muchos aprietos en una actividad con la que no está lo bastante familiarizado; ayuda a escoger documentos del fichero y da algunos consejos preliminares para su empleo; se sienta durante un momento al lado del conferenciante para hacer una puntualización delicada; critica un poema que acaba de traerle un alumno; da unas explicaciones a algunos grupos del curso medio o del segundo ciclo sobre cuestiones de matemáticas o de ciencias que están estudiando.

Desde luego no le falta trabajo y, al contrario de lo que ocurría con el maestro de la escuela antigua, permanece sentado muy raras veces. Pero tampoco conoce el aburrimiento. Las horas pasan. Llega a las 11:00 sin haberse dado cuenta; el molde de imprenta de los mayores está listo en la prensa y han tirado la primera prueba, la han admirado y la han corregido. El molde de imprenta de los pequeños está preparado también y sólo espera que la imprenta esté libre. Algunos alumnos satisfechos ya marcan con el lápiz de color en su plan de trabajo las tareas realizadas. Todo el mundo ha trabajado a gusto y cada cual se marcha satisfecho. No ocurre como antes, los alumnos no salen de la escuela con un suspiro de alivio y una reacción nerviosa de peleas y de gritos. No pretendemos, ciertamente, que el niño se quede triste por abandonar la escuela: tiene apetito, tiene necesidad de sol y de ejercicio, pero ya no asistimos a la liberación explosiva de un organismo que ha estado comprimido demasiado tiempo. Por el espectáculo de la salida de una clase se puede juzgar su grado de organización funcional.

Ocurre, incluso en nuestras escuelas, que unos niños siguen trabajando en una tarea que quieren terminar: grabar el linóleo, acabar una conferencia, trabajar esmeradamente en un objeto, y hasta quizá hacer rápido algunas fichas más para adelantar el plan de trabajo... Todo esto es perfectamente normal.

Incluso el niño que sale de la escuela en cuanto dan las 11:00, no rompe bruscamente un ritmo de vida racional y formal para sumergirse de nuevo en la realidad ambiente. Nuestra concepción compleja de la escuela le acompaña y le rodea. Y sin embargo, no tiene deberes ni lecciones, ni textos que tenga que aprender de memoria. Pero el trabajo de la escuela se ha incorporado a su vida; lo que le choca o le intriga en la familia, en la naturaleza, en los trabajos de los hombres, en el funcionamiento de las máquinas, de todo ello recoge su eco la escuela. Todo lo que encuentra y que considera que puede servir de algún modo, para el trabajo escolar, él lo lleva: documentos o ilustraciones para el fichero; piedras u objetos para el museo; herramientas viejas que podrán arreglarse para el taller; madera para la carpintería. La escuela está verdaderamente en el centro de la vida de los niños. Ésta es la más bella y más radical de nuestras conquistas.

Por la tarde

La clase comienza de nuevo a las 13:00.

Inmediatamente nos ponemos manos a la obra, porque cada uno sabe lo que tiene que hacer.

De las 13:00 a las 14:15, los alumnos se entregan con preferencia a las actividades manuales, sin que, sin embargo, esto sea una obligación. El equipo que ha de imprimir el texto de los mayores realiza su labor en unos veinte o treinta minutos (para tirar ochenta ejemplares). El equipo de los pequeños imprime después cincuenta ejemplares, tardando unos treinta minutos. (Estos equipos se han designado por la mañana, siguiendo un turno que cambia automáticamente.) Unos alumnos trabajan en el huerto si la época lo requiere; el responsable cuida los animales de la cooperativa. Los talleres se encuentran particularmente vivos, lo que no impide que haya algunos “intelectuales” obstinados en hacer fichas. Un grupo de pequeños, instalado en torno a una mesa baja, con colores y pinceles en el centro, dibujan o ilustran el texto del día anterior.

Gracias a la perfección –todavía relativa a pesar de todo– de nuestro material la presencia del maestro no es necesaria continuamente en ningún lugar. Ayuda a quien lo solicita. A menos que algunas veces se detenga, por propio gusto, a cuidar una tirada de lujo en la imprenta, a completar un cliché de linóleo o una ilustración en el limógrafo, a retocar un objeto construido como trabajo manual, a tocar música... Ello depende, ciertamente, de sus aptitudes y de sus gustos personales.

Desde las 14:15 a las 14:45 reservo media hora que denomino “de relleno”, que empleo en diversas cosas según las necesidades.

Ya hemos dicho que si nuestro mecanismo estuviera suficientemente bien montado, si el medio familiar y social fuera lo bastante comprensivo de las necesidades normales de nuestra pedagogía, concederíamos a nuestros alumnos la misma confianza que la mamá da a su pequeño. Lo que el niño no adquiera hoy, o esta semana, o este año, lo aprenderá más tarde. Lo esencial es que el individuo crezca, se enriquezca, se fortalezca fisiológica, intelectual, moral y psíquicamente, que asiente lógicamente y firmemente su personalidad. Todo lo demás, vendrá por añadidura,

Pero, desgraciadamente, todavía estamos lejos de nuestro ideal. En la práctica, pueden manifestarse ciertos retrasos, ciertas ausencias en la adquisición de las técnicas esenciales, o en los conocimientos considerados indispensables: en lectura, escritura, cálculo, ciencias, historia, geografía. Estos retrasos, estas ausencias, no son reales más que en relación con ciertas normas externas que, propiamente hablando, no afectan a nuestras técnicas pedagógicas. Pero son sólo fallos que subsanaremos a nuestro provecho. Tanto más cuanto que pueden tener su origen ciertas imperfecciones de nuestro material y de nuestra organización: si solamente poseemos un material científico sumamente reducido habrá que tratar de remediar nuestra impotencia técnica, para realizar una enseñanza científica verdadera, volviendo, aunque nos pese, a los viejos métodos teóricos y explicativos. Si nos faltan los documentos para una historia viva, si los programas exigen de nosotros todavía una enseñanza formal antipedagógica, nos veremos obligados a utilizar un paliativo verbal, que no engañará a nadie, y menos a los niños.

Pues nosotros colocamos lealmente a los propios niños frente a realidades que nos hacen volver de modo accidental a prácticas ya superadas. No tratamos de disfrazar con colores aparentemente inofensivos las prácticas que no responden a nuestros métodos de trabajo; tampoco tratamos de justificarlas, con el peligro de producir una confusión que sería mortal para el conjunto de actividades. Sino que les decimos: “Por tales y tales razones que están por encima de nosotros –y que se les explican– tendréis que estudiar tales textos, practicar tal disciplina...” Los niños harán con mejor voluntad el esfuerzo anormal así solicitado. Y el espíritu de nuestra enseñanza no quedará afectado en absoluto.

La utilización de esta media hora de relleno variará según las circunstancias: explicación a un grupo, o a varios reunidos, de una noción matemática o científica que figura en el programa, y por tanto contenida en nuestro plan general, que nuestra actividad normal no ha permitido estudiar de una manera más especial; indicaciones metodológicas para determinadas disciplinas del segundo ciclo; historia o geografía formales.

Podemos designar un empleo del tiempo preciso para esta media hora de relleno, o bien ocuparla según las necesidades. Ello depende de la perfección de nuestra organización, de las exigencias del medio, también de la habilidad del maestro y de la inteligencia y las aptitudes de los alumnos.

El trabajo libre continúa para los alumnos que no están comprendidos entre los grupos a los que va dirigida nuestra enseñanza de relleno.

A las 15:00 –después del recreo– finaliza el trabajo libre, digamos más bien la actividad compleja prevista y preparada por la organización metódica de la vida escolar.

La última hora de clase es normalmente la más penosa y la más difícil de llenar, debido a la fatiga mutua que multiplica las ocasiones de distracción, de desobediencia y de errores por una parte y de castigos e injusticias por la otra.

Nosotros la convertiremos, por el contrario, en una de las horas más atractivas de la jornada. Será un poco como la velada en familia, el momento en que tras acabar la tarea cotidiana se encuentran todos en el cuarto de estar antes de irse a dormir. En ese rato se comenta lo que se ha hecho durante el día; se cuentan los acontecimientos importantes; se pasa revista a los trabajos efectuados; se piensa en los que faltan; se pregunta a los padres y a los abuelos o bien se escucha la narración de algún cuento emocionante.

Esto es exactamente lo que hacemos nosotros.

Nos reunimos todos en la sala común: la primera media hora, de 15:00 a 15:30 aproximadamente, se dedica a un breve informe sobre los trabajos de la jornada.

En primer lugar, los equipos que las han impreso distribuyen las hojas tiradas por la tarde, que se incluirán en el libro de cada alumno. Si la hoja tiene que imprimirse al día siguiente por la otra cara, los impresores se limitan a mostrar su obra y leer el texto.

Vamos ahora a nuestra pizarra de la mañana donde están escritos los detalles del complejo:

a) *¿Cómo va la construcción de la bomba?* Hemos traído el saúco esta tarde, pero la bomba no estará preparada hasta mañana.

b) *Teléfono de hilo y velocidad del sonido.* Está todo preparado. Nos veremos mañana a la hora de relleno para experimentarlo en público.

c) *El riego a través de los tiempos*. El responsable ha elaborado un breve resumen que nos lee. Miramos juntos los documentos comentados. El maestro lee dos fichas interesantes.

d) *Presión del agua*. Todavía no está terminado. Tenemos que trabajar mañana en ello y preparamos un experimento público que anunciaremos.

e) *Desarrollo del teléfono a través de los tiempos*. El responsable lee un breve informe, pero anuncia que quiere dar su próxima conferencia sobre este tema.

Yo mismo he buscado, para completar todo eso, un texto interesante o un poema que les leo. Esta revisión de los trabajos finaliza con un disco de canciones, relacionado con nuestros intereses principales, e indicado en nuestro plan general de complejos asociados.

Estas exposiciones y, esta revisión pueden ser más o menos largas. Si no hay tiempo para tratarlo todo se deja para el día siguiente. O bien, si se sabe que la conferencia del final será corta, se puede tomar un poco de tiempo de la media hora siguiente, que otro día se compensará. Ésta es una cuestión de equilibrio que todo maestro puede ajustar. Igual que la madre que anuncia: “Ya es tarde... seguiremos mañana”.

Se sabe que la técnica de la imprenta en la escuela tiene como ventaja principal el permitir, simplificando y haciendo práctico, permanente y barato el intercambio entre escuelas francesas y extranjeras. Hay una escuela de composición y nivel semejante a la nuestra, con la que mantenemos una correspondencia regular, y nos envía tres veces por semana un paquete de hojas impresas, una por alumno. Estas hojas constituyen, día a día, el libro de vida de la clase corresponsal, que duplica maravillosamente el libro de vida de la nuestra. Además, cada uno de nuestros alumnos se intercambia con un niño de la otra escuela: cartas, cromos, juguetes, fotos y a veces hasta visitas. También tenemos escuelas corresponsales –francesas o extranjeras– que cada mes nos envían su *Periódico escolar* a cambio del nuestro.

Entonces, naturalmente, se leen los impresos, al principio en silencio y luego en voz alta, del mismo modo que, a veces, leemos en voz alta nuestros propios textos. Se discute; se apuntan en la agenda las sugerencias que suscita esta lectura y los trabajos que potencia. Habrá preguntas que plantear, envíos que realizar. Todo ello constituye trabajos, trabajos interesantes y vitales que basta con que los incluyamos metódicamente en el ciclo de nuestro complejo.

Quizá se piense que esta media hora estará demasiado recargada. Depende de los días y del trabajo. La abundancia de intereses y la variedad de los proyectos realizables nunca son algo negativo. Vale más tener mucho que hacer –con el riesgo de tener que seleccionar con entero conocimiento– que no saber a qué dedicarse durante unas lecciones o ejercicios aburridos y sin reacciones de ningún tipo.

Sin embargo, en la práctica esto funciona. Dos veces por semana, acortamos nuestros informes de trabajo para dedicar más tiempo a la lectura de nuestras hojas y las de los corresponsales, así como de los periódicos escolares recibidos. Un miércoles cada quince días escribimos a los corresponsales: cada cual es libre de escribir su carta como mejor le parezca y cuando quiera.

Nos queda la última media hora, de las 15:30 a las 16:00.

Primero se contestan las preguntas de los niños que se han escrito en la agenda de la que ya hemos hablado. Éste es un momento apasionante para todos, en especial para aquellos, pequeños y grandes, que han planteado las preguntas. Pero todavía necesitamos estar en condiciones de poder responder.

En primer lugar, hay que evitar en esta práctica la costumbre, que sería natural en las escuelas tradicionales, de poner pegos al maestro por el maligno placer de ridiculizarle. Corregiréis inmediatamente esta tendencia haciendo confesión de vuestra humildad, de lo relativo que es vuestro saber, aunque no sin equilibrar esta confesión humana con la afirmación de la posibilidad que tenéis de informaros sobre los puntos que no respondáis de inmediato. El juego entonces será limpio: una vez más haréis como la madre que dice sinceramente lo que sabe y se muestra reservada en lo que ella ignora del todo o en parte. Solamente que vosotros no permaneceréis en esa ignorancia. “Buscaremos en el fichero –anunciáis–, en nuestro diccionario, en un libro que creo que tengo y mañana sabremos la respuesta... Quizá el señor tal nos informaría. Podríamos pedirle que viniera a la escuela para darnos una charla sobre sus viajes... ¿Y si fuésemos a preguntar a tal artesano del pueblo que seguro que está al corriente...? ¿Es posible que nuestros corresponsales puedan informarnos sobre esta cuestión? Les escribiremos... ¿Si preguntáramos al servicio de informaciones de un periódico sobre tal tema, que es particularmente delicado?”.

Podemos ver la multiplicidad de soluciones que se ofrecen, que constituyen otros tantos trabajos interesantes en perspectiva que también anotaremos en el ciclo de nuestro complejo. No se trata de esquivar las preguntas, en absoluto, sino de utilizarlas lo mejor posible para nuestro común enriquecimiento.

A veces hay preguntas molestas. Siempre se responderán con la mayor sinceridad. Si, por casualidad, veis que es imposible, moral y políticamente, contestarlas, no tratéis de quitaros el tema de encima, pues la sutileza de los niños descubriría rápidamente vuestro fraude, afectando a toda la labor educativa. Decid

simplemente: “No puedo contestar esta pregunta, pues me podría ocasionar problemas. Ya sabéis que no siempre podemos decir o hacer todo lo que quisiéramos...”

Pero esto es sólo una excepción muy poco frecuente.

Sin embargo hay que evitar que esta sesión de respuesta a las preguntas degenera en vana palabrería al encadenar los alumnos más y más preguntas a medida que les dais explicaciones. Para ello, haced como el presidente de una reunión pública: ateneos estrictamente a las preguntas anotadas en la agenda, y que los curiosos formulen sus preguntas el día siguiente.

Esta sesión es más o menos larga según los días y también según la naturaleza de las preguntas. De acuerdo con las circunstancias, podremos conceder un poco más de tiempo a las actividades que preceden o siguen. Siempre compensándolo en otro momento, por supuesto.

Y ahora, la conferencia.

El conferenciante se colocará en la mesa del maestro con su texto y sus documentos. Si es necesario –ayudado por el profesor o por algún alumno– habrá dibujado antes en la pizarra las ilustraciones o los mapas que ayudarán a comprender el texto. El niño lee su conferencia, muestra los documentos. Se plantean preguntas a las que responde el autor, ¡si puede! En caso contrario, ello dará oportunidad a investigaciones complementarias que se apuntan en la agenda.

No insistiremos más en esta técnica, que será objeto de una publicación especial mencionando sus incuestionables ventajas pedagógicas. A veces hay dos conferenciantes, uno mayor y uno pequeño. Algunas conferencias son largas, otras reducidas casi exclusivamente al examen de documentos. A veces el conferenciante no se atreve a leer su conferencia o no sabe leerla con suficiente desenvoltura. En ese caso pide ayuda, naturalmente. Como puede imaginarse, hay una gran diversidad que conviene saber respetar, con una organización flexible y elástica.

Para terminar, si es posible, música y canto, ayudándose con discos. La jornada ha terminado, y bien aprovechada, os lo aseguro.

Detalles complementarios de la vida escolar

• *Cine*. Ahora nos queda penetrar en ciertos detalles complementarios de nuestra vida escolar, sin que para ello tengamos que pasar revista, como lo hemos hecho en el caso del lunes, al complejo horario de cada día de clase.

La última hora de la tarde del miércoles se dedica a una sesión de cine con música y canto, si hay oportunidad. Disponemos de un proyector y la cinemateca cooperativa nos envía películas regularmente; de un tomavistas con el que hacemos películas, bien sea en el pueblo o durante nuestras salidas, que son la expresión viva y animada de nuestra propia vida y que poseen, por ello, al igual que nuestros textos, un poder sugestivo incomparable. Intercambiamos estas películas, como ocurre con los impresos, con películas parecidas de nuestros corresponsales. La proyección de estos documentos da a nuestras sesiones de cine un valor moral y psíquico que duplica y completa, de una forma demasiado desconocida hasta hoy, las virtudes instructivas o recreativas del cine.

Quizá sea difícil, que podamos hacer triunfar nuestro punto de vista pedagógico en este campo. El perfeccionamiento del cine escolar es, en efecto, un ejemplo patente de una falsa concepción del instrumento escolar.

En el tiempo en que trabajábamos para perfeccionar nuestras técnicas de imprenta en la escuela, hicimos mucho en Francia para difundir un proyector sencillo como el *Pathé-Baby* que nos parecía el aparato casi ideal para nuestras escuelas: sencillez de fabricación y de manejo al alcance de los niños, relativamente barato, películas también bastante baratas, así como el tomavistas y el revelado de las películas. Este proyector estaba a punto de convertirse en uno de nuestros mejores útiles escolares para la utilización que acabamos de describir.

Pero luego se ha visto que las imágenes no eran siempre muy nítidas, que la pantalla no era bastante grande, que las películas eran demasiado cortas, fragmentando la representación. Estas críticas las hacían, sobre todo, maestros para quienes el cine era un aparato de utilización más postescolar que escolar. Desgraciadamente, el mercado se ha adaptado a estas demandas. Los costes de los aparatos y de las películas no pueden amortizarse más que mediante el uso extraescolar. No hablemos ya del tomavistas, también por causa del precio.

Prácticamente, hoy no disponemos de aparatos escolares de proyección y de tomavistas. En este campo, todo está por hacer y nosotros nos dedicaremos a ello.

• *Discos*. Utilizamos también, y en gran medida, el tocadiscos que los esfuerzos de nuestra cooperativa han elevado al rango de útil escolar, gracias también a nuestras ediciones especiales de discos para la enseñanza del canto y la organización de fiestas escolares, con rítmica, evoluciones, bailes.

Desde hace algunos años, una nueva posibilidad ha venido a completar la utilización de los discos y las películas en la escuela: el magnetófono que, además de múltiples utilizaciones maravillosas, nos permite registrar la voz de los alumnos o de los obreros y artesanos, y también oír la voz de nuestros corresponsales.

• *Radio*. Prácticamente todavía no utilizamos la radio.

Lo mismo que ocurre con el cine perfeccionado, la radio actual no está totalmente adaptada a nuestro complejo trabajo. Tal como está concebida, incluso bajo su forma pretenciosa de radio escolar, es más que inútil en nuestra escuela, corriendo el peligro de ser perjudicial por lo que aporta de superficialidad y falta de armonía en la realización de nuestra escuela del trabajo.

Sin embargo, estamos muy lejos de condenar definitivamente la radio. Por el contrario, estamos convencidos de que, para adaptarse verdaderamente a la cambiante riqueza del mundo moderno, la escuela deberá hacer de la radio, como del cine, uno de los útiles escolares más ricos en posibilidades¹.

• *Máquina de escribir*. La máquina de escribir ha sido hasta la fecha un lujo que las escuelas populares no podían alcanzar. Los constantes progresos de la técnica industrial deberían permitirnos adquirir actualmente, a un precio asequible, un instrumento sólido, que no hay que estar ajustando y que, sin embargo, permite un trabajo limpio y satisfactorio.

Si conseguimos esta adaptación, la máquina de escribir se convertirá en una de las herramientas mejores y más apreciadas por maestros y alumnos. Complemento de la imprenta en la escuela y la multicopista, está llamada a revolucionar nuestra técnica escolar, como lo hizo la invención del papel o la sustitución de la pluma de oca por la metálica.

La máquina de escribir posee algunas de las ventajas de la imprenta: a los alumnos todavía inexpertos en el manejo de la pluma les permite escribir líneas perfectas. Letra por letra, la página resulta impecable. Pero la máquina de escribir no permite imprimir más de tres o cuatro ejemplares y, por ello, su empleo no puede generalizarse como el de la imprenta. Sin embargo, perforando clichés de multicopista, que pueden reproducirse con el limógrafo, se logran resultados que asemejan los de la imprenta. La máquina tiene, para los niños, la inmensa ventaja de que los resultados son inmediatos: se presiona la tecla y la letra queda marcada.

La máquina de escribir, como la imprenta, encontraría una aplicación beneficiosa desde el curso preparatorio, con niños que comienzan tan sólo su iniciación a la lectura y escritura. Como en nuestra escuela sólo hay una máquina, la reservamos para determinados trabajos especiales, de los que vamos a hablar.

- El alumno que ha escrito una conferencia puede pasarla a máquina. Saca cuatro ejemplares: uno para él, otro para sus padres, el tercero para los archivos de la clase y el cuarto para los corresponsales habituales.
- Entre los textos libres, leídos en clase por la mañana, hay alguno que, aunque no ha sido seleccionado para la imprenta, tiene un cierto valor documental o estético. En ese caso, se autoriza a los autores para que pasen a máquina el texto por triplicado: un ejemplar se pone en su *libro de vida*, el segundo es para el *libro de vida* testimonio de la clase, el tercero lo reserva para su corresponsal particular.
- Los alumnos que han redactado un texto interesante y cuidado, como resumen de sus trabajos documentales o de taller, también lo pasan a máquina en tres ejemplares que se distribuyen como en el caso anterior.
- Pero sobre todo utilizamos prácticamente la máquina de escribir para perforar clichés de multicopista que a continuación poligrafiamos con el limógrafo.

Los textos así obtenidos nunca tienen la categoría definitiva de los textos impresos, y por eso no podría sustituirlos totalmente. Sin embargo, hay páginas más especialmente documentales que pueden acomodarse a esa semiperfección. Pues hay en ello una ventaja nada despreciable. En pocos minutos se perfora una página de texto que habría precisado en total una hora por lo menos para su composición en la imprenta; y se puede pasar inmediatamente a tirar veinte, treinta, ochenta o cien ejemplares.

Utilizamos mucho esta posibilidad:

- cuando el texto diario es exclusivamente documental, porque está consagrado por ejemplo al informe de la cooperativa;
- cuando se trata de reproducir un informe de trabajo, de experimento, de paseo o de visita, que resultaría un texto muy largo para imprimir;

¹ Estas observaciones también son válidas hoy para la televisión.

- cuando el texto por reproducir sólo interesa a un grupo; por ejemplo, al segundo ciclo.

En los dos primeros casos, utilizamos la página multicopiada exactamente como si hubiese sido impresa: la misma tirada, inclusión en el libro de vida y en el periódico mensual, envío a los corresponsales.

El empleo de la máquina de escribir, completado con el limógrafo, es particularmente valioso con alumnos mayores; multicopia de ciertos resúmenes, notas generales, informes del trabajo individual o de grupos, que se incluyen automáticamente en una recopilación especial que se convierte en una especie de libro documental de ciencias, historia o geografía.

La máquina de escribir, útil perfeccionado para una escritura rápida y de gran calidad, y la multicopia de documentos, serán como el testimonio de nuestra adaptación técnica a las posibilidades que nos ofrece el progreso para responder, con una eficacia cada vez mayor, a las exigencias de nuestros complejos de interés.

- *Colaboración de los adultos en la obra educativa.* La escuela tradicional, como hemos dicho, funciona en un medio cerrado y sólo en fecha muy reciente se ha autorizado al maestro para aventurarse accidentalmente a salir al huerto, a la orilla del río o al campo para ir a buscar un pedazo de vida, y regresar rápidamente, más para engullirlo que para asimilarlo, entre las cuatro paredes de la escuela. Este aislamiento celoso es consecuencia ineludible de todo el sistema educativo que condenamos.

Con nuestras técnicas, sin embargo, la vida entra libremente en nuestra escuela la cual se dirige de lleno al encuentro de la vida. Los trabajos en el huerto, los paseos escolares, las salidas para hacer un estudio o para visitar algo, individuales o colectivas, forman parte normal de nuestro proceso de trabajo.

Tenemos que ir más allá todavía.

Ya hemos dicho, sobre todo al hablar de las respuestas a las preguntas de los niños, que lejos de pretender presuntuosamente que conoce todo, el maestro debe admitir la necesidad permanente de documentarse e instruirse, recurriendo para ello a todas las fuentes posibles, escolares y extraescolares. Pero también es preciso que los adultos, y los padres de los alumnos sobre todo, se habitúen a considerar como natural su colaboración en la obra educativa. Sabemos que para ello tenemos que ir contra una fuerte corriente, la de todo un pasado de la escuela encerrada en sí misma, misteriosamente celosa de su aislamiento, donde el artesano no se atrevía a entrar porque se sentía desadaptado, dominado como estaba por un intelectualismo que se atribuía el monopolio de la inteligencia y de la capacidad.

Si hemos echado abajo esta máscara escolástica, si hemos sabido encontrar de nuevo las normas de trabajo al servicio de la vida, verdadera y compleja, la escuela ya no será una iglesia donde entramos con el sombrero quitado y con las manos juntas, evitando hacer ruido sobre el pavimento con los clavos de los viejos zapatos, sino un taller, una obra, donde todo trabajador se encuentra en su elemento, seguro como está de aportar su piedra, por modesta que sea, para el edificio en el que la intelectualidad sólo será el coronamiento majestuoso.

Así pues, no tenemos miedo de recurrir a los adultos ajenos a la escuela.

Cuando tengamos un trabajo delicado en el huerto: semilleros especiales, cuidado de los árboles, poda o injerto, pediremos a un campesino hábil que venga a ayudarnos, enseñarnos y guiarnos. No esperaremos que nos dé todo un curso, sino sólo a que nos enseñe cómo lo hace. Lo que no impide que completemos en seguida su aportación técnica con las explicaciones teóricas o las reservas científicas que se impongan.

Un trabajo difícil de carpintería: el carpintero vendrá a primera hora de la tarde para iniciarnos. Otros días serán el canastero, el herrero, el albañil o la planchadora.

Compitiendo con esta corriente de vida hacia la escuela, tendremos la de la escuela hacia la vida. Dependiendo de nuestras necesidades, los alumnos irán a interrogar: al cocinero en su hotel, a la anciana en su hogar, al funcionario colonial en su retiro.

Es fácil adivinar todo lo que la escuela ganará con una interpenetración como ésta: la posibilidad de suplir prácticamente la incompetencia del maestro en ciertas técnicas (ya que el maestro no puede pretender la universalidad); el arraigo cada vez más profundo de la escuela en su medio; hacer resaltar cada día más el trabajo social verdadero que la instrucción escolástica ha tratado siempre de dominar y suplantar; la armonía sintética de la vida nueva realizada de este modo.

Pero esta actividad resultaría ser un inútil y peligroso mariposeo si no estuviera ordenada por nuestros complejos en vistas a una concepción educativa integral basada en la virtud fundamental del trabajo.

- *El control.* A instrumentos nuevos les corresponde una técnica nueva, que implica la adaptación de los medios de control.

No es preciso decir que este control no podría ser el mismo, ni en su forma ni en sus objetivos, en un comercio pequeño, que tiene sólo una actividad muy limitada y estrictamente especializada, que en el gran almacén con departamentos múltiples y diversos.

Las normas de control de la escuela tradicional no son válidas para nuestra escuela del trabajo. Las calificaciones se basaban en la recitación de lecciones aprendidas de memoria, en las correcciones de los deberes, en el control de la explicación verbal y de la lectura en voz alta. Nosotros hemos suprimido la recitación y la memorización; ya no corregimos deberes con tinta roja y la lectura en voz alta no es más que una parte de nuestro aprendizaje sintético de la lengua.

La clasificación de alumnos estaba simplificada, por la reducción de todo el proceso escolar a una función intelectualizada. Nuestro complejo de intereses es un mundo al servicio de todos, uno puede fracasar lamentablemente en una materia y en cambio ser un obrero genial en otra especialidad.

Necesitamos, pues, encontrar otro medio de control.

Efectivamente somos partidarios de un control; pero que no sea receloso y desconfiado para lograr una clasificación inicial más o menos arbitraria. Ese control sólo lo desean los que conocen el tema a fondo, los primeros de la clase que se enorgullecen de sus éxitos, mientras que los alumnos medianos y los débiles se sienten dominados cada vez más por la tiranía de las calificaciones, que les empujan hacia un peligroso sentimiento de inferioridad.

Por el contrario, el niño –como el hombre también– busca medir y controlar su esfuerzo y la calificación más precisa posible de sus progresos. Interviene aquí la misma preocupación que ya hemos señalado a propósito del interés por los planes de trabajo: cuanto más compleja e importante sea la tarea, más largo es el camino y más necesidad tiene el niño de establecer jalones entre las etapas. Estos jalones y estas etapas son los que nuestro control debe definir y medir.

De este control no debe encargarse únicamente el maestro, a causa del riesgo humano de la parcialidad, arbitrariedad y errores. Los mismos alumnos colaboran en su propio control, dentro de la comunidad escolar.

Por último, este control no se ejercerá exclusivamente sobre el resultado formal obtenido, sino también sobre la calidad del esfuerzo realizado. Sólo en caso excepcional supone competición, al menos en calificaciones cifradas: dos conferencias en las cuales el autor ha puesto lo mejor de sí mismo, son dos formas de obra maestra y cometeríamos un error si las apreciáramos objetivamente comparándolas sobre esta base exclusiva. Cada vez que el alumno hace todo lo que puede merece la máxima calificación, cualquiera que sea el resultado.

Para responder a estas diversas consideraciones, hemos establecido la siguiente forma de control:

1. *El autocontrol por el plan de trabajo.* El plan de trabajo debe cumplirse. Todos los alumnos, incluso los más jóvenes y los más atrasados, ponen todo su interés por hacer las tareas previstas. Basta con estar atento durante la semana para estimular a los retrasados que, como la liebre de la fábula, piensan que siempre les queda mucho tiempo por delante. Llega la mañana del sábado y entonces se dan cuenta del peligro: se animan, tratan de apresurarse, trabajan durante el recreo, y a veces se ven obligados a terminar el domingo, con todas las consecuencias desastrosas que conlleva este retraso.

A las 14:00 horas del sábado comenzamos a hacer examen de los planes de trabajo, controlando primero a los alumnos que han terminado, con el fin de despertar el amor propio y la susceptibilidad del resto: fichas de cálculo y de gramática (durante la semana hemos cuidado de que este trabajo se haga con regularidad, sin trampas, y hemos dado los consejos necesarios en cada caso). Como las fichas son de autocorrección, no se trata de repasar todos los ejercicios, sino de controlar la forma y los resultados, lo cual es muy rápido.

El alumno ha colocado sobre la mesa todos los demás trabajos: los textos redactados, trabajos de historia, de geografía, investigaciones, conferencias, etcétera. Damos una calificación global para cada uno de estos apartados, nota que apuntamos en la gráfica prevista en la parte baja del plan. Agregamos la nota prevista por disciplina, aseo, vida comunitaria.

El niño ve, entonces, sintetizada en esta gráfica, la apreciación de su trabajo de la semana: hay deficiencia en cálculo, semideficiencia en compañerismo; o bien la gráfica es regular con unas notas medias. En los mejores casos, para los mejores alumnos, la gráfica es regular en la zona superior. Comparándola con la gráfica anterior, el niño ya puede tomar resoluciones para el trabajo futuro: puede adelantar más en tal materia, rellenar un vacío, elevar el nivel general.

Los niños comparan las gráficas espontáneamente. El maestro puede señalar el modelo de las gráficas que deben imitarse, y nada más.

El niño se lleva el plan de trabajo a casa, donde los padres lo firmarán. Después se recorta la gráfica y se pega en el carnet escolar.

2. *El carné escolar.* Cada niño posee un carné escolar con su nombre y apellidos, fecha de nacimiento, su fotografía, la de sus padres y hermanos, y unas páginas en blanco para pegar las gráficas.

El maestro posee además, para su uso privado, un *perfil vital*, según un modelo que hemos establecido. Este perfil duplica y completa el carné escolar. No se da a conocer al niño, pero puede enseñarse a los padres.

3. *Los certificados*. La finalidad del alumno –y también de la escuela– debe ser lograr el dominio máximo en las ramas vitales de actividad. Este dominio es el que controlamos mediante nuestro sistema de certificados.

Hemos establecido, para los diversos grados de primaria, normas de realización que suponen la concesión de certificados especiales.

Estos certificados se conceden después de unas pruebas prácticas controladas y juzgadas por el maestro, la mayoría de las veces con la colaboración de los propios alumnos o de los responsables de la cooperativa. Los trabajos realizados para demostrar este dominio se conservan en la escuela en una exposición permanente, como testimonios que los inspectores y los padres pueden controlar; se entregan a sus autores cuando terminan la escuela. La insignia especial correspondiente al certificado ganado se pega en el carné escolar. La posesión de estos certificados podrá servir de base para los diplomas posteriores y, sobre todo, para la orientación profesional.

Este sistema de certificados reemplaza muy ventajosamente al sistema de emulación por clasificación actualmente utilizado. No hay primeros ni últimos. Cada uno puede y debe adquirir el dominio de las actividades manuales o intelectuales de su elección. Cada uno triunfa así a su manera y según sus aptitudes, lo cual está perfectamente de acuerdo con la psicología del niño y las complejas posibilidades sociales actuales.